

1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 144.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en París.

SUMARIO.

Nasradin-Schah, rey de Persia; grabado. — Los corazones de oro. — De-gracia ocurrida en el ferro-carril del Oeste; grabado. — Los campamentos kirghiz; grabado. — Revista de París. — Exposición Universal de la Industria. — Topografía del Tchernaiá; batalla de Traktir; grabados. — Hombrés ilustres de la América española. — Exposición Universal de Bellas-Artes; grabados. — Elvira y Luisa. — Revista de la moda. — Posesiones francesas en Africa; grabado.

Nasradin-Schah, rey de Persia.

Acaba de firmarse un tratado de amistad y de comercio entre la Francia y el Schah de Persia, que allana de hecho la cuestión equívoca concerniente á la actitud de la Persia que unas veces parecia inclinarse hácia la Rusia y otras hácia los aliados desde el principio de la guerra pendiente. Parécenos que nuestros lectores verán con interés la siguiente noticia sobre el soberano de ese pueblo, escrita por un oficial francés que ha sido uno de los instructores del ejército persa, y que aun en el dia depende de ese gobierno donde su influen-

cia ha debido luchar en un sentido contrario al interés de la Rusia. Sin embargo, advertiremos que hasta hoy parece haber prevaecido allí la influencia moscovita, y los periódicos de la Europa occidental hablan de ese principe en términos que contradicen enérgicamente la opinion del coronel Colombari.

« La poca salud de Mehemet-Schah, daba lugar á que constantemente se urdieran intrigas en el haren, y el heredero presuntivo de la corona Nasradin-Mirza se hallaba apartado de los negocios, cuando Hadji-Mirza-Agassi, el visir, obtuvo del rey para el jóven principe el gobierno del Aderbidjan, feudo señalado ordinaria-



Nasradin-Schah, rey de Persia.

mente al heredero presuntivo. Este príncipe que se distinguía por mucha prudencia y mucho tacto, supo neutralizar los efectos de los celos de su padre con la inteligencia que le es propia. Su madre, princesa muy hábil e instruida apoyaba con toda su destreza los esfuerzos del primer ministro, hasta humillándose cuando era necesario ante la arrogancia de las favoritas que cada cual ambicionaba la corona para su hijo primogénito. De este modo contribuyó poderosamente a preparar á su hijo el trono que en la actualidad ocupa. El joven príncipe tiene veinticuatro años; desde su infancia mostró las mejores disposiciones para el arte militar y las matemáticas y habría hecho grandes adelantos en esta ciencia si el estudio asiduo del árabe á que su ayo le obligaba no hubiese absorbido casi todo el tiempo destinado al trabajo. Las ciencias exactas tenían tantos atractivos para él, que algunos días de su advenimiento me llamaba al Salon de las grandes recepciones, y allí olvidando toda etiqueta me mandaba sentar á su lado para que le explicara planos y mapas. En esos casos era preciso recordarle que sus ministros esperaban su audiencia. Nasradin-Schah conoce muy bien el manejo del fusil y el servicio de las piezas, pues como su padre ha pasado por todos los grados del ejército principiando por el de simple soldado. Dibuja muy bien, y sabe tomar el parecido de las personas; conservo un retrato que me hizo, así como el dibujo del arco de la Estrella que copió. El joven rey lleva ordinariamente la cabeza un poco inclinada sobre el pecho, pero la mirada escudriñadora que se oculta bajo sus enormes párpados negros profundiza el pensamiento de los que se le acercan; así sucede que rara vez se engaña en el modo de juzgar á las personas. Se decide con dificultad, pero su tenacidad es extraordinaria una vez que se ha resuelto. Carece de fanatismo, y su humor un poco sarcástico le conduce á veces á burlarse de las hipocresías de los molah; como musulman puede decirse que es despreocupado. Aunque débil en apariencia, disfruta de una buena salud que debe á su sobriedad. Sus distracciones favoritas son aquellas en que puede desarrollar su actividad, como la caza y la vida de los campos. Parece ansiar la ocasión de distinguirse, y solo se contiene por los visires que temiendo constantemente por su propia conservación, combaten cuando pueden las inclinaciones belicosas del joven rey: es muy probable, pues, que si se rodea de hombres capaces de secundarle, continúe el sistema de mejoras emprendidas por su abuelo, en tanto que se halla de acuerdo con el espíritu de los musulmanes.

El coronel F. COLOMBARI.

LOS CORAZONES DE ORO.

I.

Los ojos de Amelia y los de Julian se encontraron un día fijos los unos en los otros.

Aquella mirada, rápida como el pensamiento, inundó sus almas de ternura y de delirios su mente.

Las negras pupilas de Julian acababan de decir: — « Amo. » Y de los ojos de Amelia, azules como el cielo de Sevilla, se había desprendido una chispa eléctrica que en el lenguaje del amor significaba: — « Espera. »

Julian no necesitó mas para saber que había en el mundo un corazón dispuesto á quererle, y cuando se acostó aquella noche, mil imágenes risueñas y bulliciosas como la primavera le desvelaron, agitando suavemente las cortinas de su lecho.

Amelia durmió también poco. No pensó en Julian ni en nada de lo que hasta entonces había ocupado su imaginación. Sentía una emoción extraña, dulcísima, incomprendible. Todo su ser se engrandecía como los fantasmas de algunas baladas alemanas: todos sus pensamientos iban á parar á un punto desconocido para ella misma.

Para que el lector comprenda lo que llevamos dicho, preciso es que se fije en las líneas que siguen.

Julian tenía treinta años y un rostro nada hermoso. En edad tan temprana contaba ya sus años por inviernos.

Amelia frisaba en los diez y ocho abríles, y ni la mas leve ráfaga del viento de las pasiones había turbado la paz de su corazón.

¿Cómo se explica este fenómeno?

¿Era insensible?

¿Era coqueta?

¿Era presuntuosa?

Leamos hasta el final y hallaremos la clave de este misterio.

II.

El amor es para la juventud lo que el rocío para las flores; con él adquiere frescura, animación, belleza, y se exhala en hechos generosos, que no pocas veces ennoblecen las páginas de la historia: sin él, pierde los matices que le son propios, se debilita y muere. ¡Un corazón joven sin amor es una fuente sin agua, una noche sin estrellas, un día sin sol, un templo sin imágenes!

La vida de Julian es una prueba de esta gran verdad.

La horfandad mecía su cuna, y la naturaleza le negó

sus atractivos; pero el Dios que todo lo compensa, el Dios que colocó la flor al lado de la espiná, animó su imperfecto rostro con la luz de la inteligencia, é hizo que de sus labios, gruesos como los de Vergniaud, que Lamartine ha comparado á los de los tritones que se ven en algunas fuentes, brotase de continuo un raudal de arrebatadora elocuencia.

Julian, siendo todavía muy niño, conoció que era feo; pero se consoló pensando que no porque la plata se oculte entre las vetas de un tosco pedrusco, deja el hombre de ir á buscarla á las entrañas de la tierra. Mas tarde se convenció el pobre joven de lo falso de semejante raciocinio, pues como le faltaba la parte de plata, nadie se tomó siquiera el trabajo de examinarle.

Un hombre feo y pobre es en la sociedad lo que un caracol en un jardín. Aun cuando, por la inmutable ley de los contrastes, embellece cuanto le rodea, mancha cuanto toca, así es que el mundo pone siempre cara de palo á la fealdad y la pobreza. Si me preguntais si hace bien en esto, os contestaré que sí: nuestra sociedad es fea y pobre y le repugna ver su retrato personificado en un individuo. Ella, que se cree tan perfecta en las formas como una estatua griega, pretende impedir que se la demuestre prácticamente que parece obra de un mal alfarero.

Por una de esas contradicciones hijas solo de las almas nobles y puras, Julian no convirtió en odio á sus semejantes el natural sentimiento de que debía hallarse poseído, al ver que le miraban con prevención ó desden. Pensó en la gloria del sabio; leyó; estudió; profundizó las ciencias. Fué despues á cambiar sus conocimientos por dinero y no encontró comprador. En cambio halló un amigo que le recomendó con toda eficacia al presidente del Consejo de ministros.

— ¿Qué es lo que Vd. desea? le preguntó este.

— Trabajar para comer, contestó Julian con voz segura.

— ¿Sabe Vd. matemáticas? interrogó el hombre de Estado despues de reflexionar un momento.

— No soy completamente lego en esa ciencia; pero confieso con ingenuidad que no es mi fuerte.

— ¿Qué diablos! Quería emplear á Vd. en el ministerio de Estado...

Nuestro héroe no quiso oír mas; rezó mentalmente un Padre nuestro y un Ave María por la patria puesta en tales manos, y salió del despacho de S. E. en el momento en que este, enterado de que Julian era muy buen legista, le ofrecía una charretera para el ejército de Filipinas.

Aquel fué para Julian un golpe terrible. — « Lo que yo sé dijo con Goethe, cualquiera lo puede saber: mi corazón yo solo le tengo. »

Y pensó en el amor.

Una vez, una sola, interrogó á su corazón y conoció que amaba.

El objeto de sus apasionados afanes era una niña de diez y siete años, pálida como una azucena é impresionable como una sensitiva. La vió un día en el Prado, y pensó mucho en ella; la volvió á encontrar una tarde de otoño en el Buen Retiro, y ya no se apartó de su imaginación; algun tiempo despues la halló en misa, y poco faltó para que le confesase su pasión. Pero si no lo hizo de palabra, harto se lo dijo con sus miradas en el Prado, en el Retiro y en la iglesia. La niña le dió á entender con sus coqueterías que había comprendido perfectamente el mudo lenguaje de los ojos.

Julian se hizo con esto lazarillo inseparable del niño ciego, quien tomó posesión de su alma con su séquito de incertidumbres, temores, desvelos, imprecaciones, plegarias, esperanzas, puerilidades, goces y tormentos.

La vida del joven fué otra vida, otros sus gustos, otros sus proyectos. Hasta sus facciones se ennoblecieron, tan pronto como su vida abarcó nuevos horizontes.

Si el amor no fuera un chiquillo, decididamente sería una gran cosa; pero como goza de una eterna infancia, despues de hacernos reír con sus gracias, se acuerda de quien es y nos demuestra la exactitud de aquel dicho vulgar — *quien con niños se acuesta...* Julian había reído de esperanza; faltábale llorar. Veréis como se la jugó Cupidillo.

El enamorado manco iba á ser presentado en casa de Marina. La noche que precedió á aquella visita no durmió un solo instante. Casi al amanecer se afeitó cuidadosamente, arregló sus cabellos en desiguales y graciosos rizos, acepilló el frae de las grandes ocasiones, peinó su espeso bigote negro, y esperó impaciente la hora que se había fijado para la presentación.

La hora llegó pronto, como todas las malas horas, y Julian, trémulo de emoción, entró en casa de Marina.

Marina leía á la sazón no sé qué libro, y Julian tuvo tiempo lento de acercarsele de dar á su rostro la expresión mas graciosa que le fué posible...

¡Imbécil! ¿Pues no creía que las niñas de diez y siete mayores miran alguna vez á la cara á sus futuros amantes?

Sucedió lo que era de esperar. La mirada de Marina abarcó de un solo golpe el traje algo anticuado de Julian, y fué á fijarse en las botas, modestamente viejas y de forma dudosa por el uso.

El recibimiento de Marina fué muy frio, tan frio que Julian quedó cortado y se despidió á los cinco minutos. Unas botas viejas se habían interpuesto entre dos corazones que comenzaban á amarse, el obstáculo de becerro y suela era mas insuperable que las murallas de la China.

Julian salió de allí loco, fuera de sí, y pensó en la venganza, en el crimen, en el suicidio, en el infierno, en los usureros... Aquí paró el vuelo su pensamiento, y entre el demonio de los desesperados y el demonio de la usura, optó por entregarse á este último. Demonio por demonio, prefirió el que le proporcionaba una venganza próxima y estrepitosa, y algunos días de respiro.

Dos horas despues recibía Marina un par de botas de charol, lustrosas, flexibles, elegantes y un billete perfumado concebido en estos términos:

« Marina: durante mucho tiempo he sido tan necio que pensaba noche y día en la dicha de ofrecer á Vd. un corazón amante y puro.

» Hoy creí llegado el día de realizar mis esperanzas, y fui á casa de Vd. temblando como un colegial que por primera vez se encuentra á solas con una mujer. ¡Juzgaba á Vd. tan modesta, tan bondadosa, tan ingenua!...

» Me había engañado miserablemente. Una mirada me ha hecho ver que no iban tan descaminados como se cree los doctores de aquel Comilio que negaban que la mujer tuviese alma... Vd. á lo ménos no la tiene.

» JULIAN.

P. D. Envío á Vd. las señas de mi zapatero y una muestra de sus conocimientos en el arte. Es un buen muchacho que se emborracha cinco ó seis veces á la semana, y que zurra á su mujer de lo lindo con el sable de miliciano (en tiempo de los moderados usaba y abusaba de la vara); pero ella debe de ser muy feliz, porque lo que es el zapaterillo va siempre elegantemente calzado.»

III.

El lector de cuarenta años. — ¡Magnífica lección!

La lectora vieja. — ¡Si eso fuera cierto, era cosa de alegrarse una de no haber vivido en estos tiempos!

El lector joven y rico. — Bien mirado, Marina hizo perfectamente. El amor gusta de la armonía, de lo bello, y es un lujo insoportable en los pobres.

El lector joven y pobre. — Hermosura... virtud... talento... candor... oro! oro! oro! oro!

El lector de provincia. — ¡Eduquen Vds. sus hijas en la corte!

La niña curiosa. — Dígame Vd., señor autor, ¿Marina sería muy rica?

El autor. — Sí hija mia, Marina tenía trescientos sesenta y cinco dias y otras tantas noches al año, mil noventa y cinco comidas españolas que hacer en igual período, un cuerpo que vestir y...

La niña. — Pues entonces, ¿porqué tenía tantas pretensiones?

El autor. — Por la sencilla razón de que hay pobres que sueñan con pan, y pobres que sueñan con palacios, trenes, saraos y placeres de todas clases.

La niña. — ¡Dios mío, qué desgraciados deben de ser esos pobres!

El autor. — En esta vida no tanto como te figuras, porque si se empeñan suelen conseguir á veces lo que anhelan.

La niña. — ¡Cómo! ¿Y Marina lo consiguió?

El autor. — Sí, vivió en una casa elegante, tuvo criados obedientes, trajes suntuosos, coches, piedras preciosas.

La niña. — ¿Se casaría, eh?

El autor. — ¿Cuántos años tienes?

La niña. — Diez y seis.

El autor. — Entonces, hija mia, permíteme continuar mi historia sin contestar á tu pregunta.

IV.

Julian se hizo misántropo. Dejó de tener á los hombres por sus hermanos. La melancolía, la desconfianza de sí mismo, las preocupaciones que engendran el abatimiento y la desgracia, el fuego de la juventud comprimido, la falta de expansión, fueron gastando los resortes de su existencia. No le quedaban seis meses de vida.

Pero vió á Amelia y, aun á pesar suyo, su alma convalació poco á poco. Su cuerpo aspiró la vida por todos sus poros. Sus ojos perdieron el brillo fascinador de la fiebre y recobraron su habitual expresión de dulzura.

— ¡No quiero amar! ¡no quiero amar! decía Julian, asustado de las consecuencias de un nuevo desengaño. Y mandó á su corazón que permaneciera tranquilo en presencia de Amelia.

El corazón palpitaba con mas violencia cada vez que la hermosa joven hablaba á Julian con su vocecita delicada y argentina, como debe de ser la de los ángeles.

— ¡No quiero amar! repetía el viejo de treinta años. ¡No quiero pensar en ella!

Los lectores sabrán, quizá por experiencia, que cuando un hombre pronuncia la palabra ella, es porque existe un ser único, irremplazable, dueño absoluto de su albedrío; ser tras cuyas huellas está resuelto á ir, lo mismo al cielo que al infierno.

— ¡No quiero amar! — ¿Y porqué? se preguntó un día Julian. ¿Porque un alma pobre, dominada por las influencias de este siglo materialista, no tuvo compasión de mí? ¿Porque una mujer presuntuosa y vana no comprendió la nobleza de mis sentimientos? ¿Quién me dice que todas las mujeres son como Marina? —

Oh! si yo me atreviera, buscaria á uno de mis amigos y, con mucho cuidado para que ella no lo notase, levantaria la cortina de mi ventana cuando Amelia está cosiendo, como ahora, en la de enfrente. — Mira, le diria, mira aquella cabeza rubia graciosamente inclinada sobre un pecho levantado y redondo; abarca con la vista aquella cintura de niña que al menor movimiento se dobla airosamente como la palmera al soplo de la brisa; contempla aquella mano pequeñita y torneada que se destaca con vigor sobre un delantal negro, y díme... Pero no, espera... no hagas ruido... porque cabellos, pecho, cintura y mano, nada dicen al alma, solo hablan á los sentidos. Aguarda á que levante la cabeza, y si no te arrodillas admirado delante de esa criatura encantadora... ¡Ah! ¡ya mira hácia aquí! Pon la mano sobre mi corazon y verás cómo late. ¿No es verdad que es muy linda? ¡Qué dulzura hay en sus ojos azules! ¡Qué gracia en su boca! ¡Qué color tan hermoso el de su cutis de raso! Dios, el artista mas perfecto, no puede haber encerrado un alma mezquina en un cuerpo tan celestial.»

Pensando de esta manera, Julian habia levantado efectivamente la cortina de su ventana. Amelia lo observó, abandonó la labor, separó con coqueteria los espesos bucles que ondeaban al rededor de su ovalado rostro, y se asomó á la ventana con el pretexto de hacer fiestas á un canario que saltaba y cantaba en su jaula.

Hasta entónces Amelia y Julian no eran mas que dos vecinos que, habitando uno enfrente de otro en sus respectivos cuartos, y siendo la calle muy estrecha, solian hablar del frio y del calor, de las noches de luna y de los dias de sol del campo y de la corte, del canario y del alpiste que comia. Sin embargo, ambos jóvenes, por ese egoismo peculiar á los amantes que no les permite hablar de otra cosa que de sí mismos, iban olvidándose gradualmente en sus conversaciones del calor y del frio, del sol y de la luna, del canario y de su alpeste.

— Muy atareada está Vd., Amelia, dijo Julian despues de un atento saludo.

— Como siempre.

— No; hoy ha empezado Vd. á coser á las ocho de la mañana, son cerca de las dos y apenas ha levantado la cabeza.

— ¿Y Vd. ha escrito mucho? preguntó Amelia bajando los ojos y en tono de reconvenccion.

— Sí... es decir... poco...

— ¡Vá se conoce! Cuando observa Vd. con tanta atencion á sus vecinos, es prueba de que no tiene otra cosa que hacer.

— Quizá sea todo lo contrario.

— ¿Cómo?

— ¿Quién le ha dicho á Vd. que yo no pienso en mis vecinos sino cuando no trabajo?

— ¿Quién? Vd. mismo mil veces. ¿No me ha repetido Vd. hasta hacérmelo aprender de memoria, que sus negocios de abogado ocupaban todo su tiempo y toda su imaginacion?

— Eso es precisamente porque pienso mucho en Vd.

— Vamos, Julian, sea Vd. formal y hablemos como siempre. ¡Qué tarde se acostó Vd. anoche! Eran las cuatro de la mañana y aun habia luz en su habitacion.

— ¿Y Vd. tampoco se habia retirado á descansar?

— Sí; pero me levanté... por casualidad... porque creí haber oido que papá me llamaba. Pero ¿por qué vela Vd. tanto? ¿Quiere Vd. caer enfermo?

— Tanto me da, Amelia. Cuando no se tiene una persona que se interese por uno, la salud y las enfermedades, la vida y la muerte, todo es igual.

— No sea Vd. injusto con Dios y con los hombres, se apresuró á decir Amelia con voz azitada. Nadie puede creerse solo en la tierra, mientras haya en ella otros seres... No, no... yo no quiero que piense Vd. de esa manera.

Julian miró á su amada con gratitud y veneracion. Antes que tuviera tiempo de contestar, se oyeron en las losas de la calle unos golpes secos y acompasados.

— Ahí está mi papá, dijo Amelia. ¡Hasta luego!

— ¡Hasta luego! repitió Julian maquinalmente, sin acertar á moverse del sitio en que se hallaba.

Algunos minutos despues apareció detrás de la rubia cabeza de Amelia otra cabeza calva con varios mechones de cabellos canos, y un rostro venerable lleno de arrugas, medio cubierto por un espeso bigote, blanco como los pinos del Guadarrama en diciembre.

El anciano se sentó á poca distancia de su hija, y saltándosele las lágrimas — ¡á él que no lanzó un quejido cuando en Zaragoza le amputaron una pierna y un brazo! — cantó, llevando el compás con su pierna de palo, la famosa cancion francesa:

*Mourir pour la patrie
C'est le plus doux mourir, etc.*

Julian se retiró de la ventana oprimiéndose las sienes con las manos. Sabia que cuando el veterano cantaba con acento aquellos versos, ó no tenia que comer, ó estaba á dos dedos de que el casero le pusiera los trastos en la calle.

El pobre veterano, de quien podia decirse lo que del marino de cierta balada:

... De su cuerpo mísero
Sembrado tiene el mar:
Un pié en el Trocadero,
Y un brazo en Trafalgar,

no cesó en todo el resto del dia de repetir su eterna cancion.

¡Morir por la patria, cuando esta patria se llama España! Se muere con gusto por una madre, pero no por una madrastra.

V.

Madrid 28 de marzo.

«¿Con qué es Vd. rico?

Vamos; parece un sueño.

¿Podrá Vd. creer que desde que lo he sabido estoy triste, muy triste?

Vd., Julian, que tan bueno es, Vd. que reúne tanta delicadeza de sentimientos á un talento tan superior, comprenderá lo que voy á decirle, lo cual no es efecto de un capricho pasajero, sino de una meditacion de muchas horas.

Pobre, amaba á Vd. con deliro y hubiera compartido mi suerte con la suya: rico, me creeria humillada viéndome á Vd. Es verdad que no podria tachárseme de interesada, puesto que cuando correspondí al amor de Vd. su situacion era poco mas ó ménos tan triste como la mia; pero basta que mi orgullo de mujer se revele á la idea de otra superioridad que la de la naturaleza, para que renuncie á mis sueños de felicidad. Esa fatal herencia ha roto la cadena de flores que habiamos empezado á entretejer, y con la cual pensábamnos vivir enlazados en el porvenir.

¿Quién le manda á Vd. tener en América parientes millonarios que le hagan dueño de una fortuna de príncipe?

¡Si viera Vd. Julian, qué proyectos habia yo formado! Vd. me trataba como una niña, figurándose que solo me ocupaba en mis labores, en papá y en Vd. Pues no señor, pensaba en algo mas.

Va Vd. á reírse; pero no importa, quiero decirselo todo. ¡Hay puerilidades tan bellas!

Antes de conocer á Vd. no habia para mí mañana; mi pensamiento estaba siempre contenido en estrechos límites; mi alma no se impresionaba al aspecto de lo bello; el crepúsculo de la tarde no hacia asomar á mis ojos lágrimas de ternura; no contaba en mi vida uno de esos momentos en que solo él existir es ya una felicidad.

De pronto todo cambia: mi pensamiento se lanza al espacio y le recorre con delicia; mi corazon empieza á balbucear un lenguaje misterioso en sus frecuentes latidos; envítilo el color de la rosa que prendo en mis cabellos; quiero parecer bonita y me exaspero cuando un bucle rebelde no cae sedoso y casi derecho sobre mis hombros; conozco, en fin, los primeros sintomas de esa horrible enfermedad que Vds. llaman coqueteria y que se parece al amor como un hijo á su padre. Entienda Vd. que hablo de la coqueteria en su primer período, cuando tiene por objeto agradar á la persona amada. Hasta algun tiempo despues no supe que era Vd. el mago que obraba tales maravillas desde su ventana, donde permanecia horas y horas mirándome por entre las enredaderas que la entoldan.

Una noche, hace seis meses, entró Vd. en su casa algo mas tarde de lo regular. Yo esperaba á mi padre dando las últimas puntadas á un vestido de boda, de crespon blanco con una segunda falda cogida á trechos con ramos de violetas. Ignoro porqué, pero es lo cierto que la vista de aquel traje me causaba un malestar inexplicable. — Amelia, me dijo Vd. con voz temblorosa; Amelia, no puedo callar mas tiempo, es Vd. una de las condiciones de mi existencia. Amo á Vd. con la violencia del primer amor, con la constancia y la reflexion del último. La presencia de Vd. me es tan necesaria para vivir como el aire que respiro. Soy pobre; pero por Vd. fijaré á mi lado la rueda de la fortuna, porque su cariño me dará valor, osadía, talento, ingenio y perseverancia para conseguir grandes cosas. — Mi contestacion fué muda; tomé uno de los ramos de violetas con los cuales estaba adornando la falda del vestido de boda, y se lo arrojé á Vd. Desde aquella noche nos amamos, miento, nos amabamos mucho tiempo antes.

Pero volvamos al asunto del dia, que es lo que me preocupa y desasosiega.

¿Sabe Vd. que su señor tío el americano era un ente singular? ¡Vivir como un pordiosero y dejar cinco millones y medio de reales en barras de oro y piedras preciosas! — ¿Qué va Vd. á hacer de tanto dinero? ¡Y yo que contaba que nuestra casita de novios fuera un nido de tórtolas colgado á la altura de un piso cuarto, para estar mas cerca de Dios!

Por supuesto que ahora querrá Vd. tener carretela, berlina y landó, muchos criados de librea, muebles suntuosos, jarrones del Japon, sederias de Persia y China, y habitar un magnífico palacio de severa fisonomía, en cuya puerta se vea constantemente, como una incrustacion de granito, un portero serio y malhumorado, con su levita azul, su sombrero de galon de oro y sus tres ó cuatro pares de medias para formar una pantorrilla de buenas proporciones. Apuesto á que me tiene Vd. destinado un gabinete á pedir de boca. Las paredes estarán tapizadas de raso blanco, y el techo, pintado al fresco, representará el nacimiento de Venus ó el triunfo del Amor. Habrá cañelabros de oro con bugías color de rosa, espejos venecianos, un tocador de palo de rosa y cortinas de encaje de Brusélas... ¿Qué loca soy! Hablo de los pensamientos de Vd. con la misma seguridad que si se tratase de los míos. Empecé mi carta diciéndo que no podria amar á Julian millonario tanto como á Julian abogado de bohardilla,

y no parece sino que me complace en enumerar las superfluidades de que puede Vd. rodearme en su nueva posicion.

No puedo acostumbrarme á la idea de que se separe Vd. de mí, siquiera sea por poco tien po. Ya veo que es indispensable que esté Vd. en Cádiz al arribo de la fragata que conduce su herencia; pero las mujeres somos egoistas por naturaleza y no nos hacemos cargo de nada, si contraria nuestros deseos. No quiero que salga Vd. de Madrid, señor mio, no quiero, y ménos para Cádiz, donde dicen que hay mujeres que enamoran con una mirada, que trastornan con una sonrisa, que hacen enloquecer con un movimiento de cabeza. Si fuera á Galicia ó Cataluña adonde Vd. tuviera que marchar, yo misma le pondria el pasaporte en la mano; no son rivales terribles las de ancha cintura, ancho pié, y acento que desgarran los oidos.

¡Adios, Julian! Contésteme Vd. esta misma noche, pues estoy impaciente por saber lo que resuelve respecto á su viaje.

AMELIA.

P.D. Mi papá ha sabido por la portera que el vecino de enfrente ha heredado una cantidad fabulosa. El pobre ha venido á contármelo, diciéndome luego: — Ya ves, hija, que no hay mal ni bien que cien años dure; quizá el mejor dia hagamos nosotros un fortunon. Mucho trabajo me ha costado hoy ocultar á mi padre que el vecino de enfrente quiere ser su hijo.»

VI.

Cádiz 20 de Abril.

«Nuestro gozo en un pozo.

Estoy desesperado.

La *Bella Mexicana* ha corrido un temporal de cinco dias, y por último ha naufragado en el cabo de San Vicente, llevándose al fondo del Océano nuestras barras de oro, nuestros diamantes, nuestros cinco millones y medio!

No sé lo que pasa por mí en estos momentos: me falta luz, aire, calor.

Solo viendo á Vd., Amelia de mi corazon, se calmará el profundo dolor que me devora.

Tengo calentura, dolor de cabeza y un aplastamiento general.

Mañana escribiré á Vd. si puedo.

JULIAN. »

Cádiz 5 de Junio.

«¿Qué es esto? ¿Qué nueva desgracia me abruma?

Sea cual fuere, quiero saberlo pronto para que se rompa de una vez el hilo que une á mi pobre ser con este mundo de dolores.

El 20 de abril escribí á Vd., Amelia mia, diciéndole que me sentia enfermo. Desde entónces hasta el 15 de mayo apenas sé lo que ha pasado: recuerdo únicamente, por la incomodidad que me causaban, que varias veces abrieron mis venas y destrozaron mis carnes con esos medicamentos de última hora que tanto terror infunden en las familias de los enfermos. Tambien recuerdo que un dia se acercó un sacerdote á mi lecho murmurando algunas oraciones, descubrió mis piés sobre los cuales hizo la señal de la cruz, y se alejó rezando en voz baja. Despues he sabido que de manos de aquel sacerdote recibí la *Extrema-Unccion*.

El 15 de mayo abrí los ojos y empecé á conocer á las personas que me rodeaban; pero no podia hablar, ni moverme, ni coordinar mis ideas. Necesité quince dias para entrar en el primer período de la convalecencia.

Entónces pedí mis cartas y me entregaron un paquete bastante abultado. Abri una por una aquellas cartas con el corazon palpitante. Un amigo me pedia dinero, otro me encargaba la defensa gratuita de un homicida alevoso, y finalmente, no faltaba quien me decia con mucha gravedad que le llevase á Madrid una cotorra de Cuba y dos monos africanos, pues era antojo de su mujer. Treinta cartas y ninguna de Amelia! ¡de Amelia, el ídolo de mi alma!

Yo no puedo creer que Vd. me haya olvidado, no quiero creerlo; semejante ingratitud seria el colmo de la maldad, por las circunstancias especiales que me rodean. A Vd. le ha sucedido una gran desgracia que desea ocultarme... ¡Por el Dios que está en el cielo rompá Vd. ese silencio, si no quiere que muera de pena.

JULIAN. »

VII.

Una de las últimas tardes del mes de junio se dirigí á la Fuente Castellana un joven delgado y pálido y un anciano que marchaba con trabajo, porque le falta la pierna derecha. Ambos caminan silenciosos y meditabundos con la cabeza baja y el cuerpo inclinado hácia adelante.

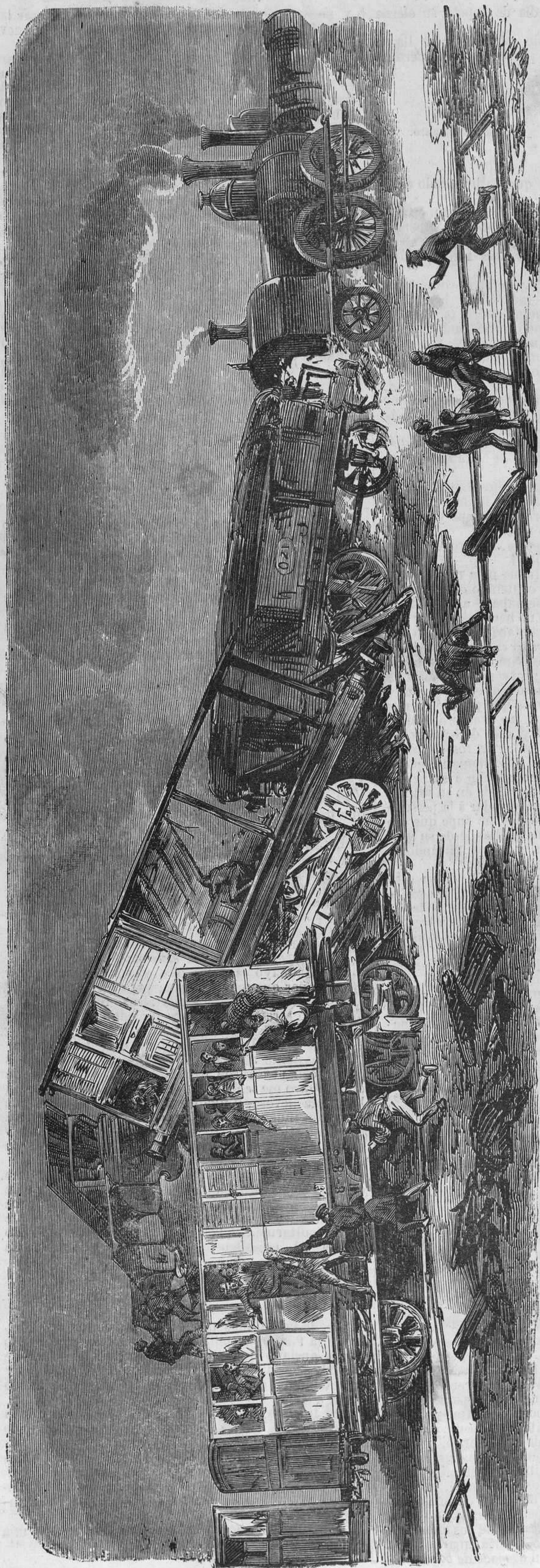
Son Julian y el padre de Amelia que han firmado la fianza de los tristes desde que el primero volvió de Cádiz.

Cada carruaje que pasa por la calzada hace estreñecer á Julian que le examina con atencion.

— ¡Cuando le digo á Vd. que es una locura! exclama el veterano, no pudiendo disimular su mal humor.

— Es un capricho, lo conozco, pero deseo verla una vez mas. Ese será su castigo.

— Ahí la tiene Vd.



Desgracia ocurrida en el ferro-carril de Versalles de la orilla izquierda del Sena, el 9 de setiembre de 1855.

Una elegante carretela, tirada por dos yeguas normandas, pasó en aquel instante al lado de nuestros amigos. En ella iban Amelia y un hombre grueso, de aspecto vulgar, cuyo rostro estaba como engastado en una soberbia patilla corrida que era la envidia de todos los cocheros y lacayos de Madrid.

Amelia hizo como que no vio á Julian y volvió la cabeza con aire indiferente. Su esposo, antiguo mayordomo de un grande de España, rico al presente á costa de su amo y gracias á haberle tocado un premio grande de la lotería moderna en la época en que los premios de la lotería se pagaban, saludó á su suegro levantando la mano hasta la altura de la cabeza y dejándola caer á plomo. Al mismo tiempo dió del codo á su *cordera* (así la llamaba), diciéndole: — Por ahí va el *cojitranco*.

El veterano no se dignó contestar al saludo de su yerno.

Julian sintió tal indignación al conocer á su afortunado rival, que el amor que aun sentía por Amelia se trocó en un punto en un desprecio incómensurable.

Al dar la vuelta para retirarse, pasó la carretela del presidente del ministerio y arrellanada en sus mullidos almohadones la hermosa Marina, célebre ya en la córte por sus desventuradas aventuras:

— ¿Cuál de las dos es mas infame? preguntó Julian impetuosamente al anciano.

El padre de Amelia bajó la cabeza y respondió:

— Las mujeres de hoy tienen *el corazon de oro*. Antiguamente...

— Le tendrian de plata, interrumpió Julian con una carcajada nerviosa, y se perdió entre los árboles.

No se le ha vuelto á ver en Madrid.

CARL. DE PRAVIA.

Desgracia ocurrida en el ferro-carril del Oeste.

El camino de hierro de Versalles de la orilla izquierda, que forma hoy parte de las líneas reunidas del Oeste, fué el domingo 9 del mes último, el teatro de un accidente deplorable.

El convoy de viajeros que salió á las seis y media de Versalles se hallaba ya á un kilómetro del embarcadero del boulevard Montparnasse en Paris, cuando á consecuencia de una falsa maniobra de agujas, se halló sobre el mismo carril que el tren de mercancías que salía en la direccion opuesta: eran las siete y quince minutos.

Un choque era inevitable; en vano los maquinistas trataron de prevenir el encuentro; el convoy de viajeros pegó violentamente contra el convoy de mercancías. El furgon de bagajes quedó hecho añicos; un wagon de tercera clase se rompió y otros dos wagoes, sufrieron tambien bastantes averías.

Entre los viajeros que contenian estos dos wagoes nueve quedaron muertos en el sitio ó recibieron heridas mortales á que en breve sucumbieron. Diez y siete personas mas quedaron heridas mas ó menos gravemente, y muchas recibieron contusiones mas ó menos ligeras.

Los maquinistas y los mozos que de ordinario son las primeras víctimas en estas desgracias, se libertaron del peligro, recibiendo solo simples contusiones. El accidente ocurrió entre el pasaje llamado de la Procecion y el puente de los Bueyes, jurisdiccion de la aldea de Plaisance, á la salida del embarcadero de mercancías del camino de hierro del Oeste.

A los primeros gritos de alarma, el Sr. doctor Saint Macary, médico de la administracion del ferro-carril y otros varios médicos de Vaugirard y de aquel contorno, acudieron á suministrar los primeros socorros á los heridos. Los agentes de la autoridad prevenidos de lo que ocurría se transportaron allí inmediatamente; los heridos fueron trasladados á sus respectivos domicilios por los cuidados de la administracion y los agentes de la compañía.

En el momento en que se apresuraban á traer una locomotora de socorro del embarcadero de mercancías, uno de los mozos de servicio fué mortalmente herido por el choque de la máquina y le llevaron al hospital en un estado que dejaba pocas esperanzas de vida.

En aquella misma noche se procedió á una primera informacion por M. Monval, comisario de policia del 10° distrito, ayudado por un oficial de paz.

Al otro dia muy temprano el Sr. procurador imperial Lascoux y uno de los señores jueces de instruccion del tribunal del Sena procedieron á una informacion judicial.

M. Flachet, ingeniero en jefe de las líneas del Oeste, M. Blavier, ingeniero en jefe de las oficinas de intervencion, y varios miembros del consejo de administracion acudieron tambien al sitio donde habia tenido lugar el accidente para proceder á una informacion administrativa.

Los campamentos kirghiz.

EL KURMIS. — FABRICACION DEL VINO KIRGHIZ.

Tomamos el pasaje siguiente de un *Viaje inédito*, á cuyo autor debemos tambien el dibujo que acompaña á la narracion. Dice en estos términos:

... Nuestro amigo nos reservaba una sorpresa para el otro dia: quiso mostrarnos un campamento de kirghiz que desde hacia algun tiempo se hallaba establecido á 25 verstes de Krasnoïarsk. Su jefe debía someterse al *yasack* (tributo). Sabido es que los kirghiz ocupan una parte de ese territorio del Asia central que en otro tiempo se hallaba cubierto de un mar, cuyas hondonadas son aun en el dia el mar Caspio y el mar de Aral al Occidente, y los lagos Khou-Khou Noor, Bairal, y Ala-Koul al Oriente.

Estas tribus cuentan dos millones de hombres que siempre están á caballo con el arco, la escopeta ó la lanza en la mano, como si no tuvieran en la tierra otro culto que el de la independencia.

— *Habitar una casa!* exclaman cuando les hablan de eso, ¿con qué *queréis hacernos esclavos?*

Sin embargo, poco á poco se van sometiendo á la poderosa atraccion de la Rusia, y esto á consecuencia de las *barentas* (venganzas) que ciertas tribus ejercen entre sí, de cuyas resultas las mas débiles van á colocarse bajo la proteccion de los cosacos fronterizos y convienen en pagar el tributo de una cabeza de ganado sobre ciento.

La benevolencia muy particular con que trata el gobierno ruso á estos pueblos errantes, tiende tambien de dia en dia á cautivar su amistad. En 1818, Alejandro que habia ido á Oremburgo, movido por un valor caballeresco, se dirigió solo á las estepas y corrió cinco leguas á caballo acompañado de 15,000 kirghiz armados hasta los pelos, que agradecidos profundamente á esta señal de amistad del Czar, le juraron fidelidad en medio de sus tiendas. Su sultan se declaró vasallo de la Rusia.

Desde aquel momento la autoridad moscovita se ha mostrado siempre muy condescendiente con esos poseedores de las estepas que separan la Rusia de la India, y cuyo aspecto guerrero y recuerdos homéricos recuerdan aquellas legiones que Timur paseaba de Moscou á Delhy y de la capital de Bayaceto á la del Ce-

este Imperio pasando por los céspedes del Volga donde el célebre conquistador les convidaba á banquetes en los cuales las princesas vestidas con el manto de púrpura les daban de beber en copas de oro vinos de Tenedos y de Chipre.

Emprendimos nuestra expedición al amanecer por uno de aquellos caminos que seguía *Elisabeth* en la Siberia de madama Cottin. Únicamente había la diferencia de que aquella angelical heroína iba sola, en tanto que nuestra cabalgata se componía de treinta caballos de pelo negro, montados por ginetes de armas brillantes. Una espada magnífica pendía á mi lado, y un par de pistolas de Toulou relucían en mi cinturón. Encontramos al *bachi* del *Starchina* (jefe electo de las aldeas) cerca de una caverna natural como la de *Remouchaut* en Bélgica ó la de *Kongour* en el gobierno de Perm, y dijo que estaba habitada por culebras de una dimensión prodigiosa como para mostrarnos bajo aquellas altas latitudes, que lo que se arrastra es siempre grande. Olvidando el despotismo que ejercían en aquellas soledades subterráneas esos reptiles del silencio y de la noche, me acerqué á la boca de la caverna y tiré un pistoletazo; al ruido de la detonación, el alma comprimida de la naturaleza en aquellas secretas moradas

respondió con clamores prolongados, gemidos, ecos y lágrimas que asustaron á todos los que prestaron el oído.

El jefe kirghiz, acompañado de una escolta numerosa, se había acercado á nosotros con mucha dignidad, y dijo al comandante que venía á nuestro lado, que hace tiempo deseaba formar alianza con el *khan blanco* (el Emperador) y que se podía contar con la sinceridad de sus sentimientos, pues *la autoridad, añadió, que viola sus juramentos se parece á un hombre desnudo que hace bajar los ojos*. Nos convidó á una fiesta preparada para nuestra recepción y marchamos al galope por las llanuras que se extendían delante de nosotros.

En breve se ofreció á nuestra vista un pueblo de pastores; era aquello un movimiento desconocido, un hormigueo inmenso, en medio del cual se alzaban los elevados cuellos de los dromedarios; aquí veíamos las *taboune* (potradas) rodeadas de estacas; mas allá se extendían numerosos ganados, carneros, cabras y bueyes que aguardaban los kirghiz á caballo, armados de lanzas. Hombres á caballo se cruzaban de un campamento á otro para anunciar la llegada del comandante de los cosacos de la línea. La tierra parecía agitarse bajo los pasos de aquella población activa y original. El humo

que se elevaba de las yurtas en columnas caprichosas, aquellas nubes de mosquitos que revoloteaban en los aires después de haberse saciado con la sangre de los hombres y de los animales, comunicaban también á la atmósfera el movimiento que reinaba en la tierra.

Los kirghiz tienen el rostro tan aplastado y ancho como el de los kalmukos: sus ojos son negros y poco abiertos, la boca pequeña, los pómulos salientes; una punta de barba les distingue de las razas turcas y los asemeja á las de los mongoles. Sus vestiduras consisten en un vestido de seda ó de algodón (*armiack*) con adornos de oro ó plata. Un pantalón muy ancho que á veces se ponen sobre el vestido, y un cinturón de donde cuelgan el puñal y el *kalta* (saquillo para la yesca, la piedra y el tabaco, con el sello y dos bolsitas que contienen dos oraciones escritas que sirven de talisman), completan el atavío de los hombres, que llevan en la cabeza unas gorras redondas y puntiagudas de fieltro blanco con puntas abarquilladas. Sus botas de piel encarnada, rematan en punta muy aguda: sus armas son la lanza, las flechas, el *tchakam* (hacha) y la escopeta de mecha.

Las mujeres parece no salen de sus tiendas; sin embargo, descubrimos algunas de ellas atraídas por la



Fabricación del vino en las tribus errantes de los kirghiz.

novedad del espectáculo que iban con sus niños; las más bonitas trataban de ocultarse la cara. Su traje se parece un poco al de las judías argelinas por la papalina alta y arrollada (*dchoulack*) de donde cuelga por detrás un velo muy grande: esto les daba la gracia de un estandarte flotando al viento de las estepas. Cuatro trenzas adornadas de cintas, de placas de metal ó de ágata, se escapan de cada lado de la frente y bajan hasta la cintura siguiendo los contornos del pecho en medio del cual brilla una placa de oro ó de plata cincelada, cubierta á veces de piedras finas. Sus vestidos son de seda de Buckaria. Todas estas mujeres parecían muy buenas de carácter.

Nos apeamos delante de la tienda del *bachi*, donde entramos á tomar el té de la *bienvenida*, con miel. Estas tiendas (*yurtas*) son de forma esférica y se componen de una empalizada, cubierta de fieltro, teniendo todas en la parte superior una grande abertura redonda que se abre y se cierra, y que sirve á la vez para dar paso á la luz y al humo.

Estas yurtas parecían á las de los kalmukos, tienen de dos á cuatro metros de altura y diez metros de circunferencia. Las paredes de empalizadas, se atan por medio de cuerdas de crines á unas estacas clavadas en el suelo. Las puertas son de madera con dibujos incrustados de hueso. Los cordeles que sirven para sos-

tener el tejido de los palos, son generalmente de pelo de camello, y en las tiendas de los ricos son de seda. Las paredes interiores se hallan graneadas en el verano de cortinas tejidas de paja y de hilo de varios colores: cuando el calor es excesivo levantan los feltros por abajo. Las cortinas dejan penetrar el aire fresco y protegen el interior de la tienda contra el polvo y los ardores del sol.

Las yurtas de los pobres son de fieltro pardo, y las de los ricos de fieltro blanco; algunos sultanes de la tribu principal tienen sus yurtas cubiertas de paño escarlata.

En el fondo de la tienda, á la parte opuesta á la entrada, se hallan colocados los cofres cubiertos de tapices, donde están encerradas las prendas de ropa. Las paredes se hallan adornadas con trofeos compuestos de escopetas, arcos, flechas, sillas, *tursucks* (sacos de cuero) donde encierran el *kurmis* y las carnes saladas.

En el suelo hay alfombras de fieltro ó de seda sobre las cuales están las vasijas, los *somovares* para el té, y las almohadas bordadas de oro y plata.

Estábamos viendo unos kirghiz que preparaban al aire libre la comida compuesta de pedazos de carnero, jamones de caballo, *balamick* (harina frita con grasa); arroz y *biche harmack*, un salchichón de carne de camello picada y revuelta con grasa.

El postre se compone de un queso (*erematchik*) de leche de ovejas con molleja de vaca seca, y la bebida consiste en *kurmis* (leche de yegua) y *marack*, vino que se hace con leche agria.

El *kurmis* se fabrica con leche fresca de yegua que se conserva en *tursucks*, añadiéndola un poco de *kruta*, queso agrio de oveja ó de vaca; se deja agriar mas aun esta mezcla, y luego se bate con un palo á cuya extremidad hay un redondel de madera con agujeros como una espumadera. Al cabo de dos ó tres días ya se puede beber el *kurmis*; cuantas veces se saca esta bebida se añade una cantidad igual de leche fresca; dicen que el *kurmis* evita muchas enfermedades, da la mayor fecundidad á las mujeres, y hace que la tisis sea desconocida en el país de la kirghia.

Los que fabricaban el arack (vino de leche), principiaban por arrojar una porción de *kurmis* en una caldera de hierro colado que estaba á la lumbre; luego cubrían la caldera con una piel acabada de arrancar, y cerraban bien esta tapa con greda, dejando solo una pequeña abertura para un tubo de hierro que pone en comunicación la caldera llena, con otra vacía, cubierta igualmente. El vapor que se desprende entonces del *kurmis* hirviendo pasa por el tubo de hierro y deposita mediante ese alambique, un licor alcohólico que se parece bastante á ciertos vinos del Rin.

Cuando llegó el instante de la fiesta vi que se formaba un círculo de kirghiz á lo largo de una arena elevada para la carrera de un jinete robusto montado en un alazan brioso; en ancas llevaba un carnero bien atado, y debía lanzar su caballo á escape.

El carnero daba balidos lastimeros; habríase dicho que el pobre animal adivinaba el horrible suplicio que le estaba reservado. Cada uno de los concurrentes preparaba sus puños y su empuje en presencia del jinete que iba á recibir la señal. El vencedor de ese juego gimnástico debía arrancar de un solo golpe las dos patas á las crías al carnero, en el instante en que el jinete pasara en medio del círculo. Yo preferí á este juego la carrera de los besos de los baskires. Veinte mujeres jóvenes á caballo y veinte mozos corren por una arena y el mozo que da el primer beso á una de esas amazonas armadas de un pequeño látigo, se lleva el premio. Aunque los vencidos y á veces los vencedores tuviesen que sufrir con frecuencia las crueldades de la coquetería ó de una antipatía secreta, esta lucha ofrecía un espectáculo singular, preferible á la vista del carnero descuartizado por aquellos hombres que á menudo rodaban en la arena.

(Viaje inédito de Francia á la China por la Rusia y la Siberia).
M. de L.

Revista de Paris.

El domingo se abrieron en Longchamps las carreras de caballos de otoño, y en ese primer día tuvo lugar la lucha que anunciamos hace dos semanas. Genaro, el andarin español que tantos triunfos alcanzó en España en desafíos á correr contra los caballos mas ligeros, se propuso establecer en Paris su reputacion retando tambien aquí á los caballos de cualquiera raza y edad que quisieran oponerle en la arena. Genaro no combaté á velocidad, sino á tiempo, á duracion en la carrera, y así no se fijó el domingo ningún límite de tiempo ni de distancia; los caballos podian ir al trote ó al galope, pero no al paso, y lo mismo le estaba prevenido al contendiente.

La afluencia de gente que con tal motivo concurrió al Hipódromo de Longchamps fué considerable. Nunca se había visto en Paris espectáculo de tal naturaleza. Ya los periódicos franceses habian azuzado la curiosidad pública con apuntes biográficos de Genaro, donde se daba cuenta de su intrepidez en la carrera, de sus triunfos mas notables, y se decía que esta facilidad en el manejo de las piernas es hereditaria en Genaro, pues su padre era tambien un andarin famoso que, por cierto, y esto es un paréntesis, habia llevado muchos partes á los generales españoles sobre los movimientos de las tropas francesas, que fueron de la mayor utilidad á los primeros. El periódico tan bien enterado de estas circunstancias añadía, como si hiciera una revelacion muy nueva y sobre todo muy exacta, que en España el atraso en cuanto á vias de comunicacion es tan grande, que Genaro hace continuamente los mayores servicios á los particulares, al comercio y aun á la política. Ya tenemos, pues, transformado á nuestro andarin en un personaje de alta importancia. ¿Quién sabe si hoy se encontrará en Paris porque haya venido con pliegos para Olózaga? — Esta ignorancia de la mayor parte de los escritores franceses en las cosas de nuestro país es muy notable; no hace tres meses aun un hombre muy competente en la ciencia, y que redacta el folletín semanal de uno de los periódicos mas acreditados de Paris, decía hablando de la telegrafía eléctrica, y extendiéndose en los progresos de ella en Francia (bien posteriores en verdad á los de los Estados-Unidos ó Inglaterra), decía que la Francia habia llenado ya su cometido estableciendo los alambres eléctricos hasta sus fronteras, pero que no era culpa suya si los países vecinos, como verbigracia la España, no la secundaban. Ahora bien, advertirémos al lector, y con esto cerrarémos nuestro paréntesis, que en las mismas columnas del periódico donde esto se imprimía, quizá en la misma columna, veinte líneas mas arriba, se hallaba una parte telegráfica de Madrid, que no hacia aun veinticuatro horas que habia recorrido el alambre eléctrico que tiene en comunicacion diaria á entrambas capitales.

Genaro se encontró, pues, en el Hipódromo con diez campeones: habia caballos de todas clases; habia uno de raza pura criado en Francia, *Loto*, de M. Anderson, y tambien un caballo de raza irlandesa, pero sobre todo llamaba la atencion un caballejo de raza árabe que infundió las mayores esperanzas á sus partidarios.

La señal de la carrera se dió á las dos y media. Al lado interno del hipódromo se habia practicado un senderillo para Genaro, y los caballos marchaban junto á él por el terreno ordinario que tiene mas de 2,000 metros. Las vueltas se contaban; la muchedumbre aplaudia al andarin, y daba muestras de júbilo cuando un caballo vencido se paraba.

A las seis Genaro habia dado diez y siete vueltas, y solo cuatro caballos continuaban disputándole el premio de 2,000 francos; desgraciadamente llegaba la noche, los curiosos abandonaban con sentimiento el hipódromo de Longchamps, y Genaro seguia corriendo. A las siete se cerró la noche, y Genaro tenia aun contra sí los dos caballos de raza pura *Loto* y *Old-Yreland*; por último, el andarin cayó en la arena como una masa inerte despues de haber corrido la friolera de mas de doce leguas. Pero á oscuras y todo, sus dos rivales siguieron disputándose el premio hasta que *Old-Yreland* se detuvo dejando la victoria á *Loto*, el caballo inglés nacido en Francia.

Genaro perdió, pues, su desafío, con gran sentimiento de los espectadores que quedaron en Longchamps á aquella hora, pero lejos de desanimarse por este primer contratiempo en sus aventuras de andarin, volverá á medirse otra vez el domingo próximo con los caballos vencedores y el premio será otros 2,000 francos. Verémos de quien es la victoria.

En breve se va á dar al público una coleccion de documentos de mucho interés histórico, pero entretanto conocemos ya la casualidad extraordinaria á que debemos el descubrimiento de esos papeles importantes. Parece ser que hace algunos años un célebre aficionado á curiosidades antiguas, impertérrito buscador de autógrafos se encontraba una mañana de visita en casa de uno de sus amigos á últimos del mes. El amigo en cuestion estaba examinando la cuenta que le acababa de subir su portero ántes de pagársela, y concluido el exámen, arrojó el papel sobre la mesa, con aire indiferente; pero el recién llegado fijó los ojos en la letra y exclamó con asombro:

— ¿Quién ha escrito eso?

— Mi portero.

— ¿Está Vd. bien seguro de que ha sido él?

— No puedo estarlo mas; todos los meses me presenta una semejante.

— ¿Y sin duda le hará Vd. que le firme el pago?

— Cuando pienso en ello.

— Pues tenga Vd. la bondad de decirle que suba, tendria mucho gusto en verle firmar.

El amigo muy sorprendido manda que llamen al portero, y efectivamente al cabo de algunos instantes entra en la habitacion un viejecito de elevada estatura, con el pelo cano, inclinado por la edad, pero ágil y vigoroso todavia.

— Aquí tiene Vd. el importe de su cuenta, dijo el inquilino, firme Vd. el recibo, señor Vicente...

El viejo se puso los anteojos y estampa su firma, pero el otro se apodera del papel y exclama:

— No, Vd. no se llama Vicente...

— ¿Qué dice Vd.?

— Digo que Vd. es N...

— Caballero...

— Y lo digo porque lo sé... tengo en mi coleccion de autógrafos cien cartas de su puño y letra: Vd. es N... el regicida; fué Vd. elegido miembro de la Convencion nacional por el departamento del Gard; Vd. fué quien propuso...

Caballero... por piedad... sí, es cierto; soy un desgraciado, pero bien he sufrido; he hallado la paz exterior en la mas humilde de las condiciones, por piedad, déjeme Vd. que concluya en ella mis dias oscuramente, no me pierda Vd., se lo suplico por el poco tiempo que me queda de vida.

Se cerró la puerta y se entabló una conversacion muy larga. El descubridor de autógrafos no se habia engañado al reconocer la letra del héroe de ciertos actos terribles que no sería posible especificar ahora sin adelantarse al dueño de ese secreto cuya revelacion le corresponde exclusivamente. Se vieron á menudo, y el convencional, oculto bajo el humilde traje de portero, entregó al otro una multitud de papeles de mucho valor para la historia, y el manuscrito de unas *Memorias* que deben aclarar ciertos hechos, oscuros hasta hoy ó mal sacados á luz por los historiadores mas célebres de nuestros dias. Estos documentos se publicarán próximamente como hemos dicho, pues el hombre murió la semana última, y así se ha roto la promesa que hizo su dueño actual de no darlos al público mientras él se hallara en vida. La aventura del descubrimiento de estos papeles se contará al principio del libro con mas pormenores de los que sabemos.

Otra historia de autógrafos no ménos curiosa y tan auténtica. Cuéntase que anda por el mundo un individuo muy desprovisto de fortuna, pero que ha encontrado un medio muy particular y sobre todo muy atrevido para hacer dinero. Su especulacion se extiende á muchos países; donde quiera que haya notabilidades políticas, científicas, artísticas, literarias y militares, allí tiende sus redes. Es el caso que tiene concebida una carta modelo, muy desesperada y lastimosa que envía á diestro y siniestro á todos los personajes célebres; en esta carta nuestro caballero de industria hace presente que se encuentra sumergido en la desesperacion mas violenta, que el hastío de la vida le devora, y que cediendo al peso de tormentos morales del género mas insufrible, se halla en vísperas de apelar al suicidio. La carta termina pidiendo al personaje en cuestion, qué es lo que piensa sobre el derecho que asiste á un hombre para libertarse del peso de la vida cuando se halla agobiado, para abreviar un camino tan cubierto de espinas, y otras lindezas por el estilo.

El hombre célebre cae en el lazo de esta elegía desesperada y se apresura á responder diciendo: — «Caballero, ¿qué intenta Vd. hacer? ¿está Vd. ciego? etc., etc.» total: tres ó cuatro páginas de alta filosofía ó de admiracion religiosa, en suma, una carta curiosísima, sobre un tema excepcional que el interpelado se empeña en tratar con la lógica y elocuencia que consagraria á un fragmento de sus propias obras, una de esas epístolas escritas con cuidado, como rara vez se escriben en el torbellino de las cosas de la vida. El solemne bribon recibe el papel y se rie como un loco, pues un mercader de autógrafos se le compra por dos, cuatro ó diez pesos, según la importancia del autor y el desarrollo que dió á su prosa caritativa y asustada. Los hay que componen versos sobre las bondades de la Providencia; aquellos que pecan por demasiada sensibilidad piden al ser desesperado que les tranquilice inmediatamente sobre un designio tan fatal, que les diga á vuelta de correo que ha renunciado á destruir la obra de Dios; algunos se muestran tan solícitos que dan parte á la policía.

Inútil será añadir que jamás vuelven á oír hablar del suicida, que negoció por buen dinero su candoroso es-panto.

Hé aquí de qué modo se ha descubierto la superchería. Un aficionado á coleccionar autógrafos se encuentra un dia con tres cartas llenas de exclamaciones y puntos suspensivos, y contestes tambien en predicar la vida, por triste y desagradable que pueda ser á un energúmeno que queria tirarse al agua ó levantarse la tapa de los sesos. Esta coincidencia llamó la atencion de nuestro hombre; las cartas se hallaban firmadas por el conde J. de Maistre, César Cantu y Wellington. Esta última era la mas lacónica, pero no la que ménos habia valido: el ilustre guerrero decía: «Caballero, no le aconsejo á Vd. que se dé la muerte por sus propias manos; la muerte es una bala que tarde ó temprano se encuentra en la batalla de la vida; el todo está en esperarla con paciencia.»

César Cantu, el famoso historiador, era el mas prolijo, y predicaba durante cuatro páginas con una inocencia sin ejemplo; este sermón se vendió en cinco pesos fuertes, y en el doble la carta del conde J. de Maistre que rebotaba palabras de consuelo; además supo el poseedor de estos tres autógrafos que habia otra carta sobre el mismo argumento del elocuente Padre Lacordaire que era una obra maestra de evangelismo: en ella el célebre predicador ofrecía una conferencia al hombre desolado que no podia soportar ya el peso de una existencia tan amarga. En resumen, se buscó la huella de todos esos consejos y lamentaciones, y hallada que fué, el mercader de autógrafos convino en que allí habia una estafa comercial consumada por algun tunante, y entregó de una vez cuarenta y tantas cartas por el mismo estilo que le quedaban todavia de repuesto. El mismo aficionado las compró todas, y hoy enseña esta curiosa adquisicion de cartas firmadas por personajes célebres como los arriba citados, y otros de no ménos fama, entre los que se cuentan Fenimore Cooper, Ancelot, Montalembert, Sofia Gay, Alejandro de Humboldt, Alfredo de Vigny, Rachel, Sontag, Jorge Sand, Weber, Carlos Dickens, un príncipe de una casa alemana, etc., etc. Esta curiosa coleccion de ilustres víctimas cantando todas una cancion igual en tonos diferentes, costó ciento cincuenta pesos al comprador susodicho, que dejó apalabrado de antemano todo cuanto pudiera llegar aun de tierno y divertido sobre el mismo asunto. No sería extraño que ahora el mercader se pusiese de acuerdo con el hombre de las desesperaciones mencionadas para otro suministro de epístolas del mismo jaez, puesto que tiene una salida asegurada; pero ya la anécdota se ha publicado, corre impresa y es de esperar que en lo sucesivo no caigan tantos en la trampa.

MARIANO URRABIETA.

Exposicion Universal de la Industria.

(Véanse los núms. 141, 142 y 143.)

IV.

LOS BRONCES. — LA ESCULTURA MECÁNICA. — EL CARTON PIEDRA.

El otro dia nos separamos ante los pabellones de los bronceos despues de haber visto cual era en Francia el estado general de una industria cuyas aplicaciones tocan tan de cerca al dominio del arte.

El primero de los dos trofeos que tiene en la nave de los Campos Elíseos se compone principalmente de reproducciones, en forma reducida, de las mejores estatuas antiguas, de jarrones y candelabros pertenecientes tambien á la antigüedad y de algunas estatuas modernas. M. Barbedienne es el que ha erigido este trofeo. La reduccion de los modelos está hecha á beneficio de los ingeniosos procedimientos inventados por M. Collas y que despertaron hace veinte años la atencion de todos los amantes de las artes. La reduccion la Venus de Milo cuyo original enriquece el museo del Louvre, fué el primer ejemplo sometido al público, ejemplo que se admiró extraordinariamente en la exposicion nacional de 1839.

Antes de este descubrimiento que dió origen á la industria de la escultura mecánica, solo podia haber copias de las obras de la antigüedad, pero como esas copias eran muy caras forzosamente apenas salian de las salas de los museos.

Además, rara vez eran fieles, pues es muy difícil que el artista que copia un modelo, no introduzca alguna cosa de su caudal propio. La razon es muy obvia; si tiene en sí algunas chispas de ese fuego sagrado que se llama el genio, corre el peligro de olvidar en una cosa ú otra el pensamiento del escultor primitivo por el suyo propio, y al contrario si carece de inspiracion, no podrá comprender como es debido el pensamiento del maestro. Las copias se resienten hasta de la época en que se hicieron, pues siempre se ve en ellas algun rasgo del carácter y gusto de la época. Considerando una obra de este género del reinado de Luis XIV, otra del de Luis XV y otra de fines del siglo XVIII, del tiempo de David, se ve como la antigüedad puede ser comprendida diferentemente cuando queda entregada á nuestras imprecisiones inconstantes.

La industria de la escultura mecánica ha permitido ejecutar reproducciones matemáticamente exactas, y por consiguiente se han multiplicado las imágenes mas perfectas de lo bello que se hayan producido á través de las generaciones; ella ha facilitado la propagacion de esos ejemplos y ha popularizado las obras maestras rebajando considerablemente el precio de las copias cuya forma reducida se acomoda tambien mucho mejor á las dimensiones de las habitaciones particulares.

Sin embargo no está al abrigo de la crítica; hay quien dice que su rigidez matemática altera la expresión del sentimiento del artista. Si se tratase de la pintura que es un arte más vago y más *sentimental* que la escultura, se comprendería la insuficiencia de un procedimiento mecánico; pero tratándose de una estatua, lo bello está con las formas, y como las formas son perfectamente perceptibles, se concibe muy bien que puedan ser reproducidas con una fidelidad rigurosa.

Digamos ahora dos palabras sobre los procedimientos que ha seguido M. Barbedienne, pues son bastante curiosos para que los señalemos de paso.

Cuando M. Collas comenzó sus primeras tentativas ya se conocía el instrumento llamado *torno de retratos*, á cuyo beneficio se podía operar la reducción de los bajos-relieves de todas dimensiones. M. Collas partió de este primer punto; su idea, como todas las ideas justas, una vez que se manifiestan por los hechos, parece hoy muy sencilla: consiste, pues, en transformar sus modelos en bajos-relieves antes de ejecutar la reducción. Pongamos, pues, el ejemplo de la *Vénus de Milo*, cuyas proporciones se intentan reducir: primero se hace el molde, luego se divide el modelo en fragmentos que se tratan después como bajo-relieves, con el instrumento susodicho, y se recompone la estatua mediante la reunión de todos los fragmentos. El torno de retratos había debido sufrir para este nuevo uso, importantes modificaciones efectuadas con buen éxito por M. Collas. Su instrumento se compone de dos ramas correspondientes una á otra y revestidas de una brocha; en tanto que la una pasa por el modelo la otra pasa por un pedazo de jabón blanco muy duro sobre el cual se opera la reducción.

Además de las críticas formuladas contra la escultura mecánica en general, hay otras dirigidas especialmente contra los procedimientos de M. Barbedienne: es imposible, dicen, conservar exactamente las proporciones primitivas teniendo que soldar los fragmentos después de la reducción. La objeción es especiosa; pero la prueba de que el obstáculo se ha superado suficientemente, es que los artistas vivos por sus obras, y los admiradores de la antigüedad por sus modelos, aunque muy difíciles de contentar unos y otros no se quejan, en general, de falta de exactitud. Si se pueden obtener algunas garantías más las deberemos á la galvanoplastia cuyas multiplicadas aplicaciones podremos apreciar más adelante en nuestros artículos.

Se hace uso de otro procedimiento de reducción debido á M. Sauvage, que presenta en los detalles alguna analogía con el de M. Collas, pero que difiere de él en puntos esenciales á saber: con este se lleva el modelo al estado de bajo-relieve haciéndole pedazos; no hay una sola brocha en el instrumento reductor, sino que se cubre la estatua de ellas y se opera sobre muchos lados á la vez. Este método atestigua de un modo notable la buena combinación de los agentes mecánicos, pero según la opinión de los peritos en la materia, da resultados menos concluidos, menos delicados y sobre todo menos fieles. Por eso las aplicaciones de este último procedimiento son infinitamente menos numerosas que las del sistema de M. Collas. Fácilmente se podrán comparar uno y otro sistema por las muestras de sus resultados que se ven juntas en la Exposición.

M. Barbedienne en la práctica del sistema de Collas se ha dedicado á la reproducción de las obras maestras con una verdadera pasión, pero con esa pasión inteligente y constante que sabe triunfar de los obstáculos para alcanzar lo que se propone, y tampoco ha retrocedido ante las dificultades comerciales inherentes á una operación que suponía una transformación completa en los hábitos del público; en él desaparece cuando es necesario el comerciante y queda el hombre de gusto; este fabricante ha entrado verdaderamente en una nueva vía no se ha limitado á operar aisladamente algunas reducciones que con dificultad habrían podido colocarse entre nuestros adornos de interior, sino que ha ejecutado también para los aposentos, los muebles adecuados al carácter de las estatuas antiguas.

Su colección de modelos es muy rica, es única en el mundo. Se ve allí una industria francesa cuyos productos parecen haber llegado á la perfección realizable por el medio que se emplea. Ningun descuido se puede señalar en la ejecución, ninguna pieza hay defectuosa bajo el punto de vista del arte. M. Barbedienne que también trabaja el bronce, no ha querido nunca facilitar la circulación de sus artículos fabricándoles con metal de calidad inferior.

Además de la reducción de la *Vénus de Milo*, muy interesante por su fecha, vemos en el pabellón del piso bajo del palacio de la industria, la *Diana de Gabies*; una *Amazona*, una estatua de *Polimnia*, el grupo de los *Luchadores*, una cratera consagrada á *Baco*, soberbios candelabros antiguos, etc. Entre las reducciones de estatuas modernas tenemos la de las tres *Gracias* de *German Pilon*, la de la *Cleopatra* de M. Daniel Ducommun, etc.

El fondo del pabellón se halla ocupado por la puerta principal del *Bautisterio de Florencia* ejecutada como es sabido, á principios del siglo XV por *Lorenzo Ghiberti*. Se ha reducido á la mitad esta puerta, cuyas hojas divididas en diez bajos-relieves, representan las escenas más tiernas del *Antiguo Testamento*: estas hermosas páginas de la *Historia Sagrada* se hallan reproducidas con una finura verdaderamente maravillosa.

Además hay en este trofeo una obra de género distinto procedente también de los talleres de M. Barbe-

dienne; es un aparador de nogal esculpido en el estilo del renacimiento, y que se roza con la industria de los bronceos, de arte por los ornatos de que está revestido.

El segundo trofeo de los bronceos, el perteneciente á los muebles, se halla compuesto por un fabricante cuyo nombre figura honrosamente hace años ya en ese ramo del trabajo parisiense, M. Deniere hijo. Esta casa obtuvo una medalla de plata en la exposición de 1819 y otra de oro en 1823; en este último tiempo se señalaban ya los progresos realizados por M. Deniere, padre, en el dorado *mate*. En 1849 entró por primera vez en la arena en su nombre personal el jefe que en la actualidad tiene esta fábrica. En el delantero del trofeo de la nave se ve, procedente de esos talleres, un servicio de veinticuatro cubiertos, compuesto para un personaje que llenaba hace poco en París un alto cargo diplomático, interrumpido por la guerra: esta obra que cuesta 60,000 frs., es de bronce dorado, estilo Luis XVI, y se halla cincelada con el cuidado más minucioso.

Excepto este servicio y una jardinera, estilo de Luis XV, de grandes dimensiones, en las muestras de M. Deniere no se ven más que los artículos de su comercio ordinario. Este es el carácter distintivo de esta exposición y también su mérito. El fabricante muestra lo que hace comunmente; es cierto que se trata de piezas de gusto y de lujo, pero tales son los artículos de la venta corriente de esa casa. El público admira varios modelos de candelabros y relojes, cuya idea y ejecución nos parecen igualmente perfectas.

En interés de esta industria se debe alentar á los fabricantes que permanecen fieles á las buenas tradiciones, ya por la elección de los asuntos, ya por la misma fabricación del bronce. El bronce es caro cuando es de buena calidad; el que se vende barato es defectuoso. Por eso el empleo de las mejores materias conviene solo á las fabricaciones de los artículos de gusto.

La industria de los bronceos exige obreros muy hábiles, sobre todo para algunas de sus operaciones. Cuando se ven confusamente sobre la mesa de un taller las cien piezas que deben reunirse para formar un solo modelo, fácil es comprender que la mano que las ajusta debe ser muy diestra. Los encargados de la montura, los cinceladores y los coloristas necesitan poseer cada uno en su ramo, cierto sentimiento del arte.

Del pabellón de los bronceos de muebles pasaremos á otro que se roza también, aunque de otro modo, con la decoración de muchos edificios públicos y de nuestras habitaciones particulares; quiero hablar del trofeo de los ornatos de carton-piedra. ¿Es una industria nueva la fabricación de adornos de masa de carton sacados en molde? Suponen haberse hallado vestigios de esta industria en algunos salones antiguos del *Louvre* y del palacio de *Fontainebleau*; pero si era conocido este arte en la época de *Enrique II* ha permanecido olvidado tanto tiempo, que se le puede considerar con razón como hijo de nuestros días.

En la exposición de 1806 algunas muestras de ornatos vaciados en carton valieron una mención honorífica al fabricante que los había expuesto, M. Gardeur. La distinción acordada manifestaba que el jurado había visto allí una tentativa digna de alentarse. Efectivamente aquello era solo un germen, pero cuando la exposición de 1849 este germen se había desarrollado ya gracias á los esfuerzos de M. Hirsch, cuyo grupo encerraba variadas muestras. La fábrica de M. Hirsch fué el punto de partida de las aplicaciones extensas y multiplicadas que el carton-piedra está sufriendo desde hace treinta y cinco años. Los desarrollos sucesivos de esta industria se ligan íntimamente con el nombre de M. Huber á quien pertenece el trofeo actual, y con el de su antiguo socio M. Wallet.

Estos fabricantes expusieron en 1823 un Cristo que fué citado por su perfecta ejecución. En 1827 se pudieron ya señalar nuevos progresos, pero cuando esta industria tomó una rápida extensión fué desde 1830. La industria de carton-piedra tiene dos grandes divisiones á saber: por una parte el vaciado de las estatuas y objetos de arte, por la otra los diferentes ornatos arquitectónicos. Esta última aplicación forma el dominio más natural del carton-piedra que diariamente hace los mejores servicios á los arquitectos; por eso en esta ramificación ha hecho naturalmente mayores adelantos.

Los ornatos de carton-piedra se encuentran hoy en París en todos los edificios públicos. No solamente los vemos en los teatros, como en la *Opera*, el teatro *Francés*, el *Odeon*, etc., donde estaba bien indicado el empleo de esta materia, sino que se hallan también en los edificios más espléndidos. El *Hotel de Villa*, las *Tullerías*, el palacio de *Fontainebleau* y el de *Versalles*, han pagado tributo al carton-piedra, y las casas particulares también le deben numerosos embellecimientos.

El carton piedra es muy propio de un tiempo en que dominan las fortunas medias: jamás un nuevo descubrimiento, ó llámase aplicación de un descubrimiento antiguo, no llegó más oportunamente para alcanzar buen éxito. ¿Se dirá que esta materia haciendo el arte más fácil y propagándole tiende á rebajar su nivel? Esto á nuestro parecer, sería erróneo. Se trabaja por la causa del arte cuando se propaga el gusto de una ornamentación que se presta á las delicadezas más refinadas. En París podremos convencernos perfectamente, al contemplar en el admirable reunión de palacios que completan el *Louvre*, y que ocuparán una página tan señalada en la historia de la arquitectura, de que los triunfos del carton-piedra no han disminuido aquí ni

el número ni la habilidad de las manos acostumbradas á trabajar la piedra. Un descubrimiento que tiende á poner al alcance de la mayoría los gozos que procuran las obras de gusto, se acuerda maravillosamente con las aspiraciones más íntimas de este siglo.

Casi todas las piezas del trofeo de M. Huber son relativas á la arquitectura: el espacio se ha utilizado bien; el pabellón se divide en tres partes distintas, separadas por colgaduras de terciopelo carmesí; en el centro se ha colocado una chimenea monumental adornada de ricos atributos, sobre la cual se ve un busto del Emperador en un medallón ovalado. Sobre uno de los compartimientos laterales se ven una porción de muestras de adornos para el interior de los edificios, como cornisas, bajos-relieves, columnas, entablamentos, candelabros, medallones, etc. El otro lado está ocupado por un soberbio marco de espejo que puede figurar una puerta en un salón grande. En este arreglo se descubre el gusto artístico peculiar de toda esa exposición industrial y que le ha merecido el honor de tener un pabellón en la sala baja del palacio de la Industria.

Pensaba que podríamos llegar hoy á dos pabellones relacionados, aunque algo de lejos con el de la industria del carton-piedra; quiero hablar del pabellón de la cerámica propiamente dicha y del pabellón de la cristalería; pero aun cuando no nos proponemos extendernos mucho sobre esas fabricaciones antes de haber visitado en las galerías el conjunto de un producto, temeríamos pecar de concisión, por falta de espacio, en nuestras primeras explicaciones. Tráta-se aquí de una industria de la que decía con entusiasmo M. Brogniart, antiguo director de la manufactura de *Sevres* « que ninguna otra presenta en el estudio de su práctica, de su teoría y de su historia, tantas consideraciones diversas, interesantes y ricas en aplicaciones económicas y científicas. » Al menos es verdad que no hay otra industria que suministre productos más sencillos, variados y fáciles de fabricar, y que sean susceptibles de durar más tiempo á pesar de su fragilidad. Pero ya nos extenderemos más sobre el asunto.

Topografía del Tchernaiá. — Batalla de Traktir.

La toma de Sebastopol hace un poco tardíos los pormenores que vamos á estampar aquí con las vistas topográficas que los ilustran; pero sin embargo, los consideramos necesarios para la historia de esta guerra, cuyo conjunto se encontrará reunido en las columnas del *Correo de Ultramar*, gracias á las comunicaciones que nos han permitido hasta hoy reproducir sus diferentes cuadros y sus episodios más gloriosos.

El 16 al despuntar el día, dice la correspondencia francesa que copiamos, se vió desde las alturas de nuestras posiciones, una porción de columnas rusas que bajaban de las gargantas que siguen el camino *Mackensie*, debajo de la batería llamada *Bilboquet*. Además todos los cerros entre ese camino y el *Schouillon* así como los que se encuentran delante de *Tchergoun* se hallaban cubiertos de tropas rusas, que á favor de la noche y de la bruma de la mañana habían ocupado esas posiciones sin que hubiésemos podido advertirlo. Aunque los aliados estuviesen alerta, las tropas francesas colocadas sobre los promontorios *D*, *C*, *E*, debían recibir el primer choque y resistir á él, mientras llegaban los refuerzos. Estas tropas, poco numerosas se componían:

1º De una brigada de la división *Herbillon*, colocada sobre la meseta *E* y comunicando con la derecha de los franceses á la izquierda de los *piamonteses*. (La otra brigada de esta división estaba en los trabajos de sitio.)

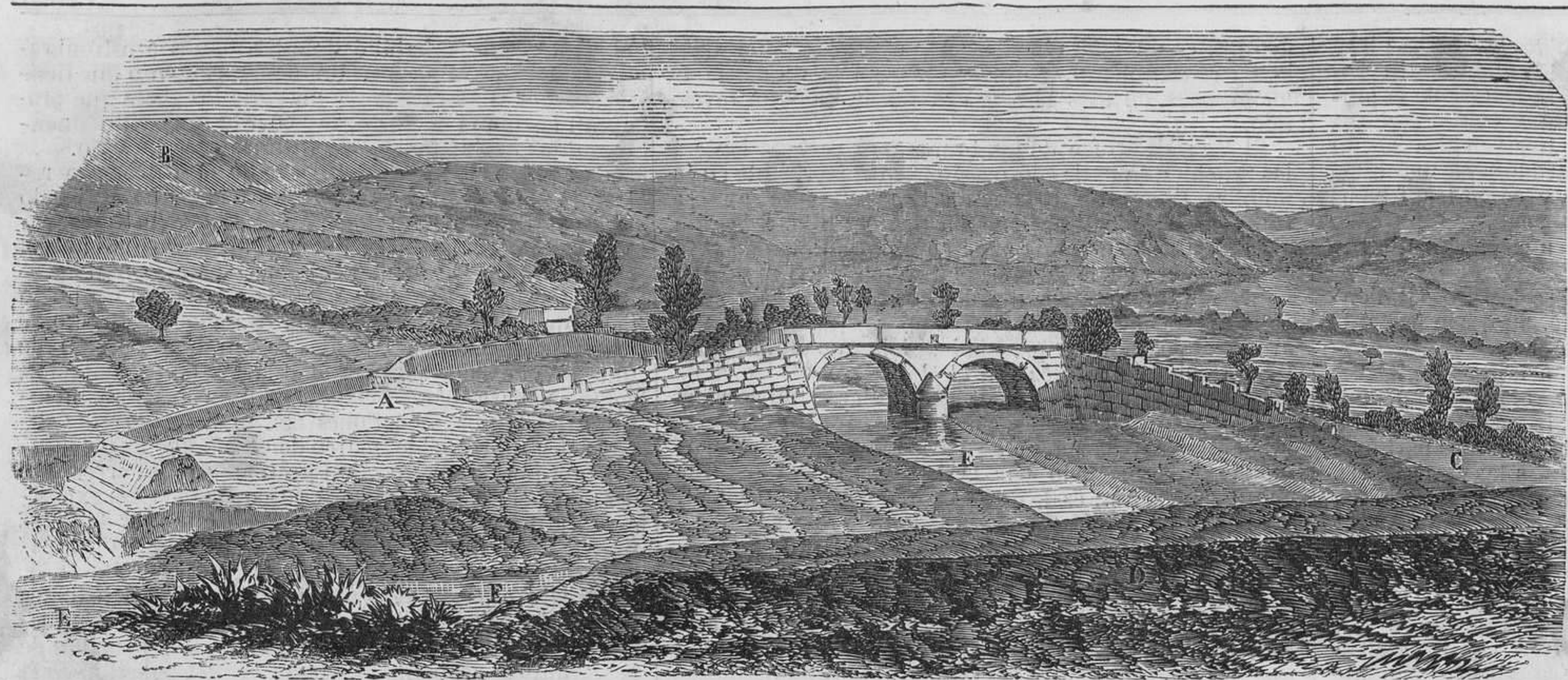
2º De la división *Fauceux* (antigua división *Mayran*), cuya primera brigada mandada por el general *Failly*, debía ocupar y defender la cabeza del puente de *Traktir*, en tanto que la segunda estaba á retaguardia sobre el camino y servía de reserva á la brigada de *Failly* y á la brigada de la división *Herbillon*.

3º De la división *Camou*, acampada en el promontorio *D*.

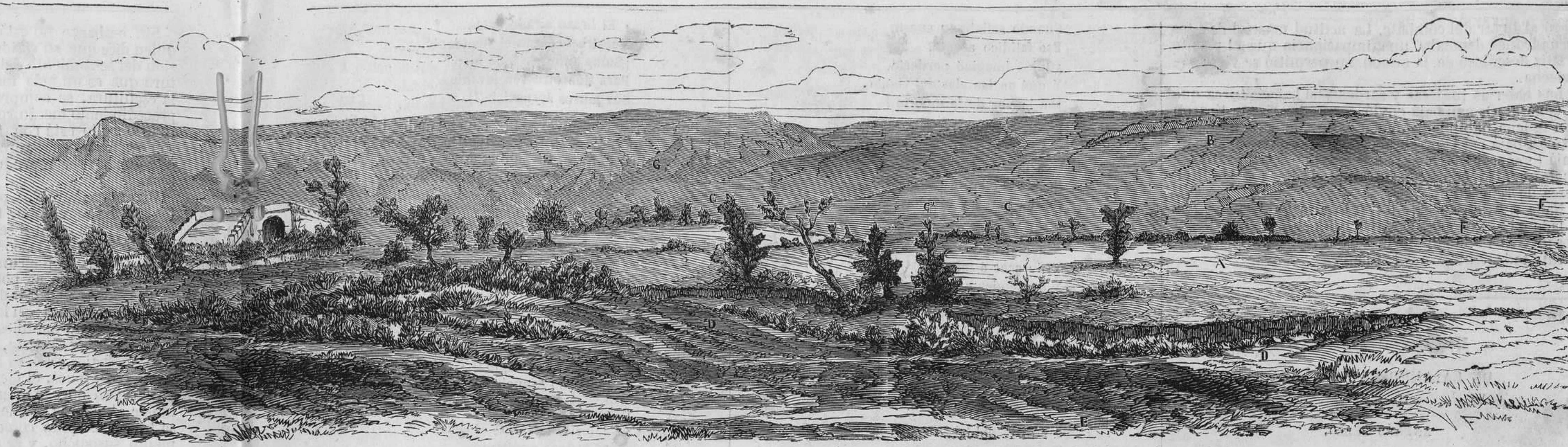
4º De la división de cazadores de *Africa*, acampada en *F*, bajo el mando del general *Morris*.

La vanguardia de la infantería estaba colocada sobre el canal que en otro tiempo llevaba á *Sebastopol* las aguas del *Schouillon*. Este canal presenta en todo su curso como una especie de trinchera, porque las tierras de desmonte se han arrojado á la izquierda y forman como una especie de parapeto que en esa circunstancia nos fué muy útil.

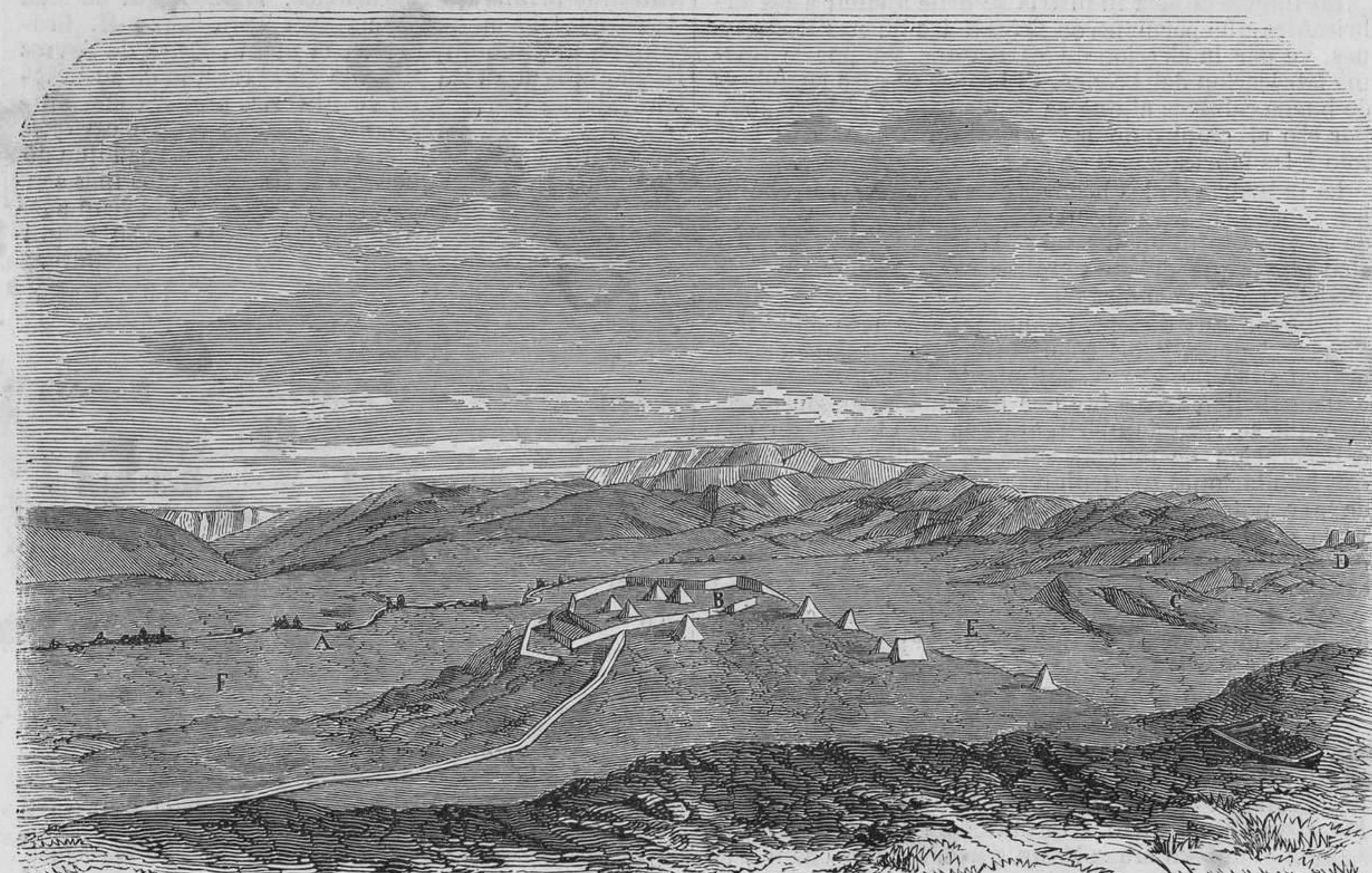
Cuando habí bastante luz para dirigirse, las columnas rusas lanzaron delante una nube de guerrillas sobre todo el curso del *Tchernaiá* desde *Bilboquet* hasta *Tchergoun*. El enemigo quiso probablemente imitar nuestra maniobra del *Alma*, desplegando esta banda de guerrillas. Los tiradores iban precedidos de una artillería muy numerosa que se presentó á romper el fuego cerca del río; aquellos que se hallaban cerca, vadearon el río y se precipitaron sobre el canal. Nuestra vanguardia, débil para resistir, se volvió á las mesetas *D* y *C*, después de un fuego muy vivo, pero en breve la división *Camou* tomó la ofensiva y secundada por nuestra artillería que se había puesto en batería sobre el revés del barranco formado por los promonto-



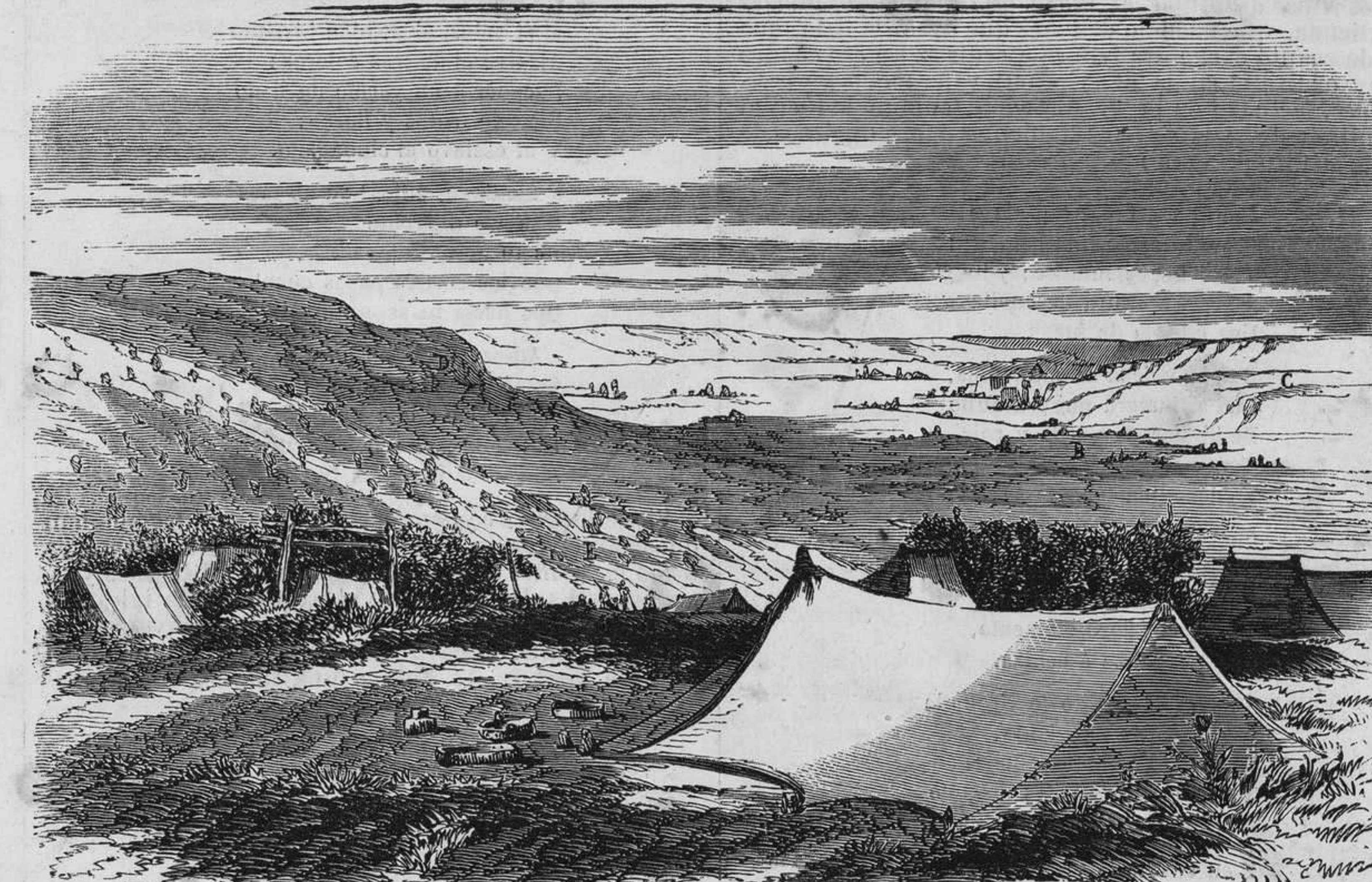
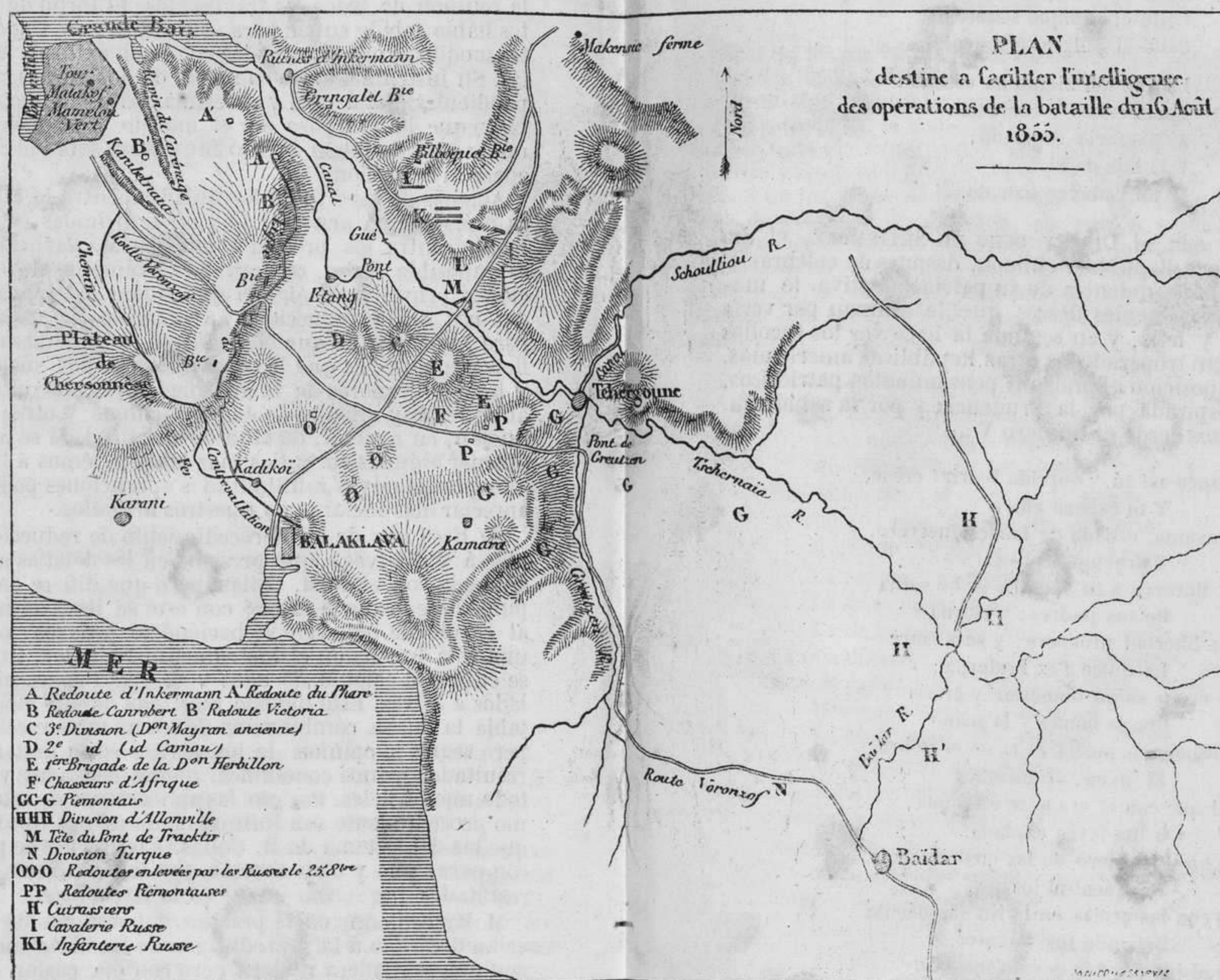
El puente de Traktir sobre el Tchernaiá. — Sitio de la acción principal del 16 de agosto de 1855. A, trinchera de tierra que formaba la cabeza del puente; B, antigua batería rusa, destruida en mayo último, pero armada de nuevo para el ataque del puente; C, camino donde tuvo lugar la acción mas reñida; C', terreno enteramente cubierto de cadáveres despues de la acción; D, malezas con un senderillo á la orilla del canal del Tchernaiá; E, E, E, el Tchernaiá.



Lugar del segundo ataque. A, llano del Tchernaiá; B, batería rusa designada ya; C, posición de las columnas rusas para el ataque; C', lugar de la retirada de los rusos hácia el desfiladero por donde habian venido; D, D, el Tchernaiá; E, orilla izquierda del Tchernaiá; detrás de este punto campamento ó 19º batallón de cazadores de infantería; F, F, senderos en la montaña; batería rusa G, llamada Bibloquet.



Parte derecha del valle del Tchernaiá y de la llanura de Balaklava, tomada de las alturas que dominan el reduto Canrobert. A, cauce del Tchernaiá; B, reduto Canrobert; C, promontorio donde ántes habia centinelas de los ingleses delante de Balaklava; D, torres del fuerte Genovés, sobre Balaklava; E, llanura de Balaklava; F, llanura del Tchernaiá.



El valle del Tchernaiá que termina en Inkermann. — A, ruinas de Inkermann; B, curso del Tchernaiá con árboles á sus orillas; C, alturas ocupadas por los rusos donde se halla la batería Gringalet; D, alturas ocupadas por los franceses y reduto Canrobert, establecido contra Gringalet; E, alturas ocupadas en mayo por el cuarto batallón de cazadores de infantería despues de la toma de las posiciones rusas sobre el Tchernaiá; F, cocina y tienda-abrigo.

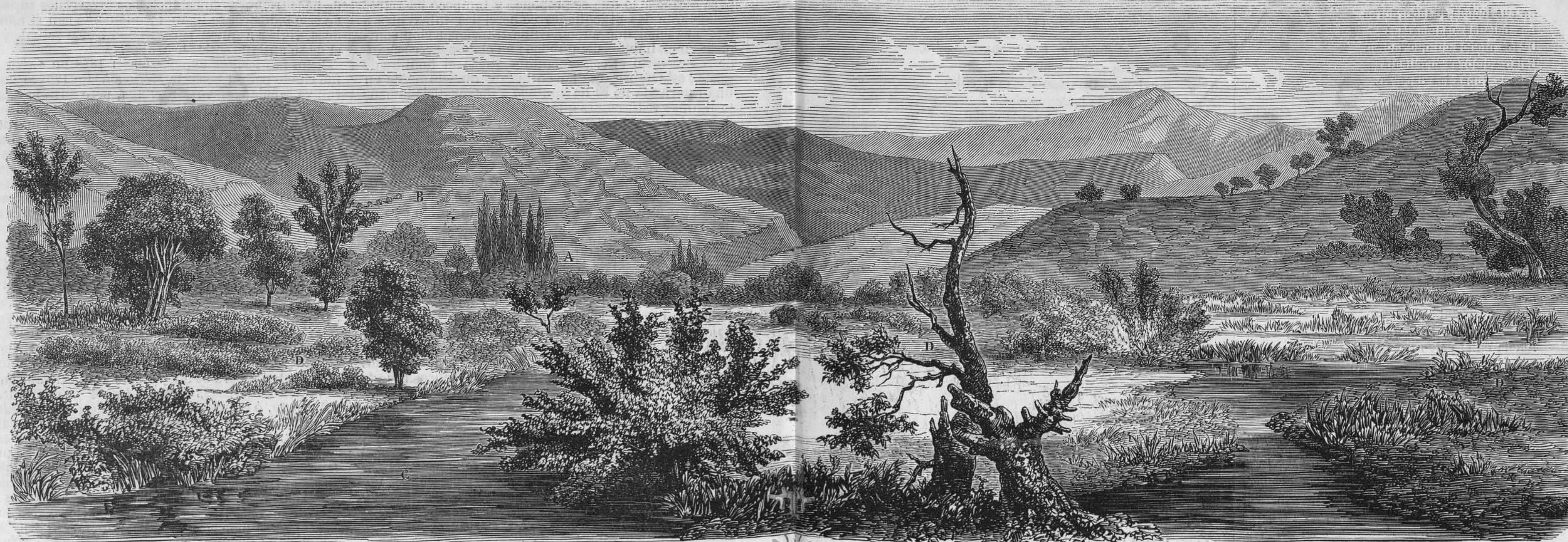
rios C y D, rechazó al enemigo hasta mas alla del rio causándole pérdidas enormes.

Pero los principales esfuerzos de los rusos se dirigieron sobre el puente de Traktir. Abajo de este puente y tambien arriba hasta Tcherngoun, el rio es vadeable; por consiguiente el ataque de los rusos por ese lado debía ser mucho mas pronto porque tenian ménos distancia que recorrer para llegar á nuestras líneas de defensa. La brigada Faily se defendió heroicamente; dos veces rechazó al enemigo sobre la orilla derecha cargándole á la bayoneta, bien que su segunda columna contase mas de 6,000 hombres, y que el cuerpo francés tuviese únicamente la cuarta parte de ese efectivo. En su último movimiento de retirada, los rusos tuvieron que soportar tambien el choque de la brigada Wimpfen que acudió al socorro de la brigada de Faily; allí tomamos muchos prisioneros.

Los rusos habian intentado apoderarse del promontorio E, defendido por una brigada de la division Herbillion, y de las alturas G G, ocupadas por los piemonteses; pero fueron rechazados sobre esos puntos lo mismo que en los otros. Aunque nuestros valerosos aliados se encontraron acometidos fuertemente, probaron una vez mas de lo que son capaces.

Estos diferentes combates duraron de las cinco á las seis. El cañoneo continuó mientras el enemigo operaba su movimiento de retirada que acabó á las ocho. Luego volvió á tomar posición sobre el camino de Mackensie debajo de Bibloquet, teniendo una parte de su caballería desplegada en el punto I, una fuerte columna de infantería en I E, y otras líneas de infantería escalonadas y formadas en el punto L. Todas las crestas estaban guarnecidas de artillería que tiró sin descanso hasta las dos, hora en que se retiró el enemigo.

Hasta aquí la carta de nuestro corresponsal; ahora para completar los pormenores de esta gloriosa jornada, tomamos los siguientes párrafos del parte del general Pelissier donde se ven los resultados de la batalla.



Extremidad del valle del Tchernaiá, del otro lado del puentecillo de los Piamonteses, sobre el canal. — A, árboles que bañan los soldados; D, llanura que ocultan la aldea de Tcherngoun; B, cabañas ocupadas por los cosacos, sobre Tcherngoun; CC, parte del Tchernaiá donde se ven malezas y hermosos árboles frutales.

A las tres todo el ejército enemigo habia desaparecido. La division de la guardia y la division Dulac relevaron en sus posiciones á las divisiones empujadas que necesitaban tomar algun descanso. Yo envié al primer cuerpo la division Levaillant, y la caballería volvió á sus bivaques ordinarios.

Esta hermosa acción honra sobremanera á la infantería, á la artillería de la guardia, á la de la reserva y á la artillería de las divisiones. En breve suplicaré á V. E. que presente al Emperador los nombres de los que han merecido recompensas, y que someta á la sancion de S. M. las que yo haya podido conceder en su nombre.

Nuestras pérdidas son sensibles sin duda, pero no se hallan en relacion con la importancia de los resultados obtenidos y con las que hemos hecho experimentar al enemigo. Hemos tenido 8 oficiales superiores heridos, 9 oficiales subalternos muertos y 53 heridos, 172 sargentos, cabos y soldados muertos, 146 que han desaparecido, y 1.163 heridos.

Los rusos han dejado en nuestro poder 400 prisioneros; el número de los muertos puede calcularse en mas de 3.000 y el de los heridos en mas de 5.000, de los cuales han sido recogidos en nuestros hospitales 1,626 soldados y 38 oficiales. Entre los muertos que hemos recogido se hallan los cuerpos de dos generales cuyos nombres no he podido descubrir todavía.

El ejército sardo que tan valientemente ha combatido con nosotros, ha tenido unos 250 hombres fuera de combate, pero ha hecho experimentar pérdidas mucho mas considerables al enemigo; en su poder quedaron unos 100 prisioneros y unos 150 heridos. Tengo el dolor de anunciar á V. E. que el señor general de La Marmora me ha informado que el señor conde de Montevecchio, cuyos talentos y carácter apreciaba mucho, habia muerto gloriosamente á la cabeza de su brigada.

Debo señalar á V. E. la rapidez con la cual la caballería inglesa del general Scarlett que el señor general en jefe Simpson tuvo á bien poner á mi disposicion,

llegó al lugar del combate. La actitud marcial de estos escuadrones denotaba una impaciencia que el pronto y feliz desenlace de la acción no permitió se viera satisfecha.

Las baterías inglesas y sardas y la batería turca que el general Osman bajá envió cerca de Alson, tiraron con mucha habilidad y buen éxito. He dado gracias á Osman-bajá por la presteza con que me envió por Sefer-bajá (general Koscielzki) seis batallones turcos, de los cuales cuatro ocuparon durante el día los pasos de cerca de Tcherngoun.

Nada notable sucedió durante aquella jornada por el lado de Sebastopol. Los generales en jefe de Salles y Bosquet se hallaban dispuestos á rechazar enérgicamente toda tentativa del sitiado.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

ANDRÉS BELLO.

(Conclusion.)

En su canto elegiaco al incendio de la Compañía (iglesia de los Jesuitas en Santiago), describe en armoniosísimas quintillas el fuego que comienza, que se extiende, que nada lo detiene, que avasalla todo, que todo cuanto encuentra reduce á cenizas. En ese cuadro hay exactitud en la descripción, valentía en las imágenes, facilidad en la versificación, sublimidad en el sentimiento. Las estrofas siguientes darán una idea de este cuadro primero :

Jamás con furor tan ciego,
Prendió escondida centella:
Vióse breve lumbré; y luego
A grande altura descuella
Una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja,
Que aglomera nube á nube
De humarada parda y roja,
Y ya hasta los cielos sube,
Y encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
Descuidada presa hambriento,
Tal encrespado se eriza,
Tal ruje el fiero elemento,
Que te reduce á ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
A socorrerte anhelante,
Rápido el incendio cunde,
Y hasta el cerro mas distante
Terrífica luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,
Tiñen medrosos reflejos
Toda calle y toda plaza,
Y aun contemplados de lejos
Espanto son y amenaza.

Y luego, al fin de ese cuadro, invoca así á la Virgen:

¡Virgen! si compadecida
Te halló siempre el ruego humano,
Deten la fiera avenida:
Tiende el manto soberano
Sobre tu mansion querida;
Sobre tu bella morada,
Donde con ardientes votos
Has sido siempre invocada;
Donde mil labios devotos
Te llamaron abogada.

El fuego sigue y completa su obra:

Nada aplaca su furor:
La destruccion es completa:
Arde todo en derredor:
Aun á su Dios no respeta
El fuego consumidor.

Aun la campana de la torre del templo es fundida por las llamas: Bello de una manera digna de Schiller, la apostrofa así:

Y á tí tambien te devora,
Centinela vocinglero,
Atalaya veladora,
Que has contado un siglo entero
A la ciudad, hora á hora.

Diste las nueve, y prendida
Estabas viendo la hoguera
En que iba á expirar tu vida:
Fué aquella tu voz postrera,
Y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
Ese fatídico acento,
¿Quién imaginó perderte,
Y qué en las alas del viento
Iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:
« Adios, Patria! el cielo ordena
Que no mas las notas iaias
Desenvuelvan la cadena
De tus horas y tus dias.

» Mil y mil formas miré
Nacer al aura del mundo,
Y florecer á mi pié,
Y descender al profundo
Abismo de lo que fué.

» Yo te ví en tu edad primera
Dormida esclava, Santiago,
Sin que en tu pecho latiera
Un sentimiento presago
De tu suerte venidera.

» Y te ví del largo sueño
Despertar activa, ardiente,
Y oponer al torvo ceño
De los tiranos, la frente
De quien no conoce dueño.

» Ví sobre el pendon hispano
Alzarse el de tres colores:
Suceder á un yermo un llano
Rico de frutos y flores;
Y al esclavo el ciudadano.

» Santiago, adios! ya no mas
El aviso diligente
De tu heraldo fiel oírás,
Que los sordos pasos cuente
Que hácia tu sepulcro das.

» Adios! llegó mi hora aciaga
Como llegará la tuya.
No hay cosa que no deshaga
El tiempo, y no la destruya:
Aun á los imperios traga.

Viene luego la contemplación de las ruinas que han quedado, de los destrozos que el fuego ha hecho. Ya todas las gentes se retiran á sus casas apesaradas y silenciosas. Es alta noche. En el panteon de la iglesia se remueven las osamentas, toman cuerpo, divagan por las ruinas aún humeantes de la iglesia, y entonan el lúgubre *Miserere*. Así son las quintillas:

Las antiguas tradiciones
Toman colores reales,
Y quebrantan las prisiones
De las arcas sepulcrales
Difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
El silencio secular
Por ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan
Las heladas osamentas:
De los nichos en que moran
Bajan sombras macilentas:
Negras ropas las decoran.

Grima me da cuando miro
La procesion, que la grada
Monta del hondo retiro,
Y en dos filas ordenada
Hace en torno un lento giro.

Va á su cabeza un anciano (1),
Una blanca mitra deja
Asómar su pelo cano —
Cantan, y el canto semeja
Sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y despues
Desmayados ecos gimen:
La luna pasa al través
De sus cuerpos; y no imprimen
Huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,
Ni es lustre de ojos humanos,
El de aquel mirar profundo:
Sendas hachas en sus manos
Dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere
A lo que en el aire zumba
Y en tristes cadencias muere,
Se oye el cantar de la tumba,
El lúgubre *Miserere*.

(1) El obispo D. Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía. (El autor.)

« El brazo airado deten,
Muestra benigno el semblante,
¡Sumo autor de todo bien!
Para que otra vez levante
Sus muros Jerusalem (1). »

Por fin raya la aurora. Los consternados habitantes de Santiago visitan llorosos el sitio donde se elevaba su magnífico templo. En este cuadro, entre otras bellísimas estrofas, son notables las siguientes:

Pero ya rayó la aurora,
Y á su luz cada vez mas
La vision se descolora,
Y al fin, como un leve gas,
Por el aire se evapora.

Entre el pavor y el respeto
Contempla el vulgo curioso
(¡Horrible y mísero objeto!)
De lo que fué templo hermoso
El mutilado esqueleto.

Callan ¡ay! eternamente
La iglesia, la torre, el coro:
Calló el rezo penitente;
Calló el repique sonoro;
Calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado:
Duelo cubre y confusion
Al Sagrario desolado;
Y la hija de Sion
Es un cadáver tiznado.

En su oda al DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE, el día grande de la República chilena, despues de celebrar el poeta la independencia de su patria adoptiva, le manifiesta los ardientes deseos que le animan por verla próspera y feliz, y en seguida la hace ver los escollos en que han tropezado las otras Repúblicas americanas. Esta composición abunda en pensamientos patrióticos, y está inspirada por la prudencia y por la sabiduría. Copiaremos desde el número V:

Crece así tú, ¡querida Patria! crece,
Y tu cabeza altiva
Levanta, ornada de laurel guerrero,
Y fructuosa oliva.
Y florezca á tu sombra la Fé santa
De tus padres; y eterna
La libertad prospere; y se afiance
La dulce Paz Fraternal;
Y en tu salud bienestar y gloria
Con la mente y la mano
Trabajen á porfía el rico, el pobre,
El jóven, el anciano;
El que con el arado te alimenta,
O tus leyes explana,
O en el sendero de las ciencias guía
Tu juventud lozana,
O con las armas en la lid sangrienta
Defiende tus hogares,
O al infinito Sér devoto incienso
Ofrece en tus altares.

VI.

Pero del rumbo en que te engolfas mira
Los aieyes bajíos
Que infaman los despojos miserables
Ay! de tantos navíos.
Aquella que de lejos verde orilla
A la vista parece,
Es edificio acreo de celajes,
Que un soplo desvanece.
Oye el bramido de alterados vientos
Y de la mar, que un blanco
Monte levanta de rizada espuma
Sobre el oculto banco;
Y de las naves, las amigas naves
Que soltaron á una
Contigo al viento las flamantes velas,
Contempla la fortuna.
¿Las ves arrebatadas de las olas,
Al caso extremo y triste
Apercibirse ya?... Tú misma, cerca
De zozobrar te viste.

VII.

A tus consejos, á tu pueblo, sabia
Moderacion presida;
Y á la insidiosa Furia, cuyo aliento
Emponzoña la vida;
Que de la Libertad bajo el agosto
Velo esconde su fea,
Lívida forma, y el puñal sangriento,

(1) Psalm. 50, v. 19. (El autor.)

Y la prendida tea;
No confundas incauta con la virgen
Hermosa, pudibunda,
A quien el iris viste, á quien la frente
Fúlgida luz circunda;
Nodriz del ingenio y de las artes,
De la Justicia hermana,
Que fecunda y alegre y ennoblece
La sociedad humana.
Así florecerás, Patria querida:
Tus timbres venideros
Así responderán á los ensayos
De tu virtud primeros.
Y, del héroe á quien dió del Santa undoso
La enrojada orilla
Eterno lauro, el héroe que hoy ensalzas
A la suprema silla.
Pasando el grave cargo, en gloriosa
Serie, de mano en mano;
Madre serás de gentes, que tu suelo,
Antes fecundo en vano,
Densas habitarán, libres, felices;
Y con mas alegría
Cantarán este nuevo aniversario
De este solemne día.

Bello ha hecho varias Odas imitando las *Odas* y las *Orientales* de Víctor Hugo; y por cierto que ellas llevan el mismo sello del genio que marca las poesías del poeta francés. En la composición titulada: *Las Fantasmas*, se nota esa vaporosidad, esa ardiente fantasía, ese encanto vago é indefinible del autor de las *Odas* y *Baladas* y de las *Hojas de Otoño*. Lola es elegante, joven, llena de gracia y de donaire; su pasión es el baile; donde quiera triunfa; pero en medio de tantas flores que recoge en su camino, de tantos corazones que avasalla, los fríos del invierno hieren su pecho juvenil, y la muerte la sorprende al recoger sus laureles. El poeta canta así:

¡Ah, qué de marchitas rosas
En su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
Muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.
Murieron, murieron mil!
La rosada y la morena;
La de la forma gentil,
La de la voz de sirena,
La que ufana brilló; la que otra ornato
No usó jamás que el virginal recató.
Una entre todas!... tan clara
La bella efigie, el semblante
Me recuerdo, que jurara
Estarla viendo delante:
Crespas madejas de oro su cabello:
Rosada faz: alabastrino cuello;
Albo seno que palpita
Con inocentes suspiros;
Ojos que el júbilo agita,
Azules como zafiros.
Y la celeste diafana aureola
Que en sus quince á las niñas arrebola.
Nunca en su pecho el ardor
De un liviano afecto, cupo:
No supo jamás de amor;
Aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven, la llaman bella,
Nadie al oído se lo dice á ella.
El baile fué su pasión,
Y costóle caro asaz:
Destumbradora ilusión,
Que pasatiempo y solaz
A todo pecho juvenil ofrece;
Pero el de Lola embriaga y enloquece.
La circular se le envía
Que para el baile la empeña:
Y si piensa en él de día,
En él á la noche sueña;
Vuélanle en derredor regocijadas
Visiones de danzantes, silfos y hadas.
Y la cercan plumas, blondas,
Canastillas y bandejas,
Mué de caprichosas ondas,
Crespon, de que las abejas
Pudieran hacerse alas; cintas, flores,
Tocas de formas mil, de mil colores.
Ya llega... los elegantes
La hacen rueda; luce el rico
Bordado; en los albos guantes
Se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
Y sus cien voces desplegó la orquesta.
¡Qué ágil salta ó se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza

Crencha del pelo dorado,
Brillan, como dos astros en la ceja
De luz, que el sol en el ocaso deja.
Todo en ella es travesura,
Juego, donaire, alegría,
Inocencia... En una oscura,
Solitaria galería.
Yo, que los grupos móviles miraba,
A Lola pensativo contemplaba.
¡De día ya!... ¿Cuándo tarda
La hora que al placer da fin!
Lola en el umbral aguarda
Por la capa de satin;
Y bajo la delgada mantellina
Cuela alevosa el aura matutina.
Ah! qué triste tornabogada!
Risas, placeres, adios!
Adios, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
Al baile, ardor febril que la desvela,
Dolor que punza, y respirar que anhela.
Murió... la muerte la arranca
Del abrazo maternal —
Ultimo abrazo — y la blanca
Vestidura funeral
La pone, en vez del traje de la fiesta,
Y es un ataud donde la acuesta.
Un vaso de flores lleno
Guarda la escogida flor,
Que prendida llevó al seno;
Y aun conserva su color:
Cogiéndola en el jardín su mano hermosa,
Y se marchitará sobre su losa.
¡Pobre madre! ¡qué distante
De adivinar su fortuna,
Cuando la arrullaba infante,
Cuando la meció en la cuna,
Y con solicitud, con ansia tanta
Miró crecer aquella tierna planta!...

En la *Oracion por todos*, nos hechizan las siguientes dulcísimas estrofas:

Ven á rezar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellon.
Sacude el árbol del camino,
Al soplo de la noche; y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.
Vé á rezar, hija mia. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre: por aquella
Que te dió el sér, y la nítida mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acibar y te dió la miel.
Ruega despues por mí Mas que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, á nadie envidia,
La ví tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.
Vé, hija mia, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste;
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza, eres Bondad, perdón!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion
Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró.
Hija! reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba:
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las suyas otro y otro abril.

Muchas otras estrofas pudiéramos copiar de esta Oda admirable, llena de sentimiento, de filosofía, de religiosidad, y que hechiza mas y mas á cada vez que se lee. Las que dejamos trascritas, tomadas de diferentes

cuadros de la composición, servirán para dar una idea de ella.

La poesía *Los Duenos* es notable por esa vaguedad que recuerda á Goethe, y por las diversas gradaciones del metro, que asciende y desciende fantásticamente, produciendo una sonoridad que hechiza el oído menos organizado para gozar de las dulzuras de una buena versificación.

Bello, así como García del Rio, como Olmedo, como Irisarri, han escrito obras que merecen un estudio particular de los amantes de las letras; en sus obras no solo se encuentra distracción y encanto, sino que se beben ideas sanas y se adquieren conocimientos útiles. Ellos, en efecto, han sabido reunir en sus escritos el *utile dulci* de Horacio.

Dice Planche en sus *Estudios literarios*: «El arte de reunir y de ordenar palabras, de alinear rimas, y de hacer un surtido de imágenes, ha hecho en Francia, despues de algunos años, progresos tan notables, que no ha habido pena en invadir el dominio de la inteligencia.» Tambien, como es de suponerse, adolecemos en América de igual mal; y por eso, como «uno de los deberes de la critica es, segun el mismo escritor, el de señalar á la atención pública, á la simpatía de todos los espíritus estudiosos, aquellos poetas que comprenden la necesidad de sentir, pensar y *saber* antes de escribir, y designarlos y tratarlos con una predilección marcada;» por eso, decimos, jamás nos cansaremos de excitar con nuestra débil voz á la juventud estudiosa de la América, para que se aplique al estudio serio y concienzudo de las sabias obras del célebre Bello.

Es preciso que las Repúblicas sur-americanas comprendan la imperiosa necesidad en que están de hacerse conocer mas entre sí mismas: hasta hoy las unas ignoran casi absolutamente los adelantos que las otras hacen; y es muy general en ellas estar mas al corriente de lo que se pasa en Europa, que de los acontecimientos que acaecen en los países vecinos y hermanos. Por consiguiente, las obras de los mas célebres escritores sur-americanos, son conocidas de pocos, y á veces no pasa este conocimiento de los límites de la República en donde se publicó la obra. ¡Ojalá puedan estos desaliñados escritos contribuir á despertar en los americanos españoles el deseo de conocer los escritos de nuestros hombres mas distinguidos!

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, Setiembre 1855.

Exposicion Universal de Bellas-Artes.

ESCUELA FRANCESA. — M. DECAMPS.

Las pretensiones á la originalidad abundan en el dia; muchos en su deseo febril de conquistar esa originalidad que en efecto es prenda de valor en el arte, se adornan con cuantos restos se atreven á recoger de los antiguos, sean buenos ó malos, de modo que es ya difícil en la escuela moderna francesa el inventar alguna singularidad en dibujo ó en color, que no se estrelle contra la indiferencia pública cansada de tantas extravagancias. Seguramente se da una prueba de fuerza muy superior imponiendo una dominación y manteniéndola sobre un público trabajado por impresiones tan contrarias. De esta buena fortuna disfruta M. DECAMPS desde hace largos años; su originalidad se ha producido bajo aspectos muy varios, y seria difícil definirla claramente; es á la vez colorista y dibujante, descubre aspiración es á lo épico, y sin embargo, casi todos sus cuadros representan asuntos vulgares. Pero es verdad tambien que si se abandona á la realidad, sabe comunicarla siempre la novedad y á menudo el esplendor del aspecto. Un corral con sus muladares húmedos; puercos revolviéndose en el lodo; asnos estropeados por el trabajo... todo toma una apariencia inusitada con su pincel, y lo que no puede poetizar por el dibujo, lo transfigura por el brillo de la luz y del color. Todo cuanto cae bajo el ojo del pintor es de su dominio; es paisista, pintor de animales, de interiores, pintor de género, y poco le ha faltado para ser pintor de historia, en cuya clase habria alcanzado igual éxito á juzgar por las cualidades y grandeza de estilo que se descubren en algunos de sus pequeños lienzos. Es de sentir que no haya hecho algunos ensayos en esta via; él mismo lo deplora, y achaca esta falta á la necesidad en que se ha visto de producir cuadros pequeños, pero en último resultado el sentimiento general no debe ser muy grande, pues las obras que han establecido la reputación de este artista son de una originalidad bastante notable para que se piense en pedirle otra cosa que aquello que nos ha dado.

Su originalidad es de tal género, que si muchos pintores se han inspirado de él, no puede decirse que haya tenido un imitador propiamente hablando.

M. DECAMPS se halla representado en la Exposición por unos sesenta cuadros y dibujos donde se pueden estudiar las diferentes fases de su talento. Su obra capital, aunque no la mas completa, es su *Batalla de los Cimbras* que data de 1833; se descubre una aspiración épica en ese paisaje de vastos horizontes de anchas llanuras con barrancos, donde bajo un cielo nublado y amenazando tempestad, los pueblos se chocan contra los pueblos en un combate furioso; donde el tosco genio guerrero de los romanos representado por Mario,

contiene otra vez mas la temible invasion del mundo bárbaro. Se ve claramente ahí una lucha de gigantes. El artista ha sabido elevarse á un punto de vista nuevo : en vez del arreglo episódico de algunos grupos aislados de combatientes como en el sistema clásico, en vez de los alineamientos estratégicos de la pintura militar moderna, DECAMPS lo abraza todo, lo agrupa y lo confunde todo como á través de los horizontes lejanos de la historia, y bajo los rayos de un sol abrasador el paisaje toma tambien una cruda tristeza en relacion con esos degüellos y esa rabia insensata. Sin embargo, la armonía primitiva de ese cuadro está deteriorada, bronceado con la acción del tiempo ha tomado una tinta negruzca, que perjudica en extremo al buen efecto de su conjunto.

Después de esta representación de esa batalla célebre que se dió cerca de Vercelli en el Piamonte, M. DECAMPS ha trazado un episodio de ella en un dibujo notable : Un carro tirado por cuatro bueyes y cargado de guerreros y de mujeres bárbaras ocupa el primer término.



Exposicion de 1855. — El mono pintor, cuadro por M. Decamps.

En el fondo sobre una altura están los soldados lanzando dardos con máquinas de guerra; tambien vemos aquí el aspecto épico en algunas figuras.

El genio del artista puramente pintoresco, que no tiene nada de íntimo, que no desea despertar la emoción, no podia concebir un asunto bíblico sino como una escena del Oriente, incendiada de luz y con su carácter particular y extraño : aquí traslada sus recuerdos de la Anatolia. En el cuadro de *José vendido por sus hermanos* (1838) la figura principal es un dromedario cuya alta silueta de fantasma se destaca en el cielo: en *Eliezer y Rebeca* (1847) el asunto bíblico no hace mas que servir de pretexto á la disposición pintoresca de la escena y al brillante esplendor del cielo y del paisaje.

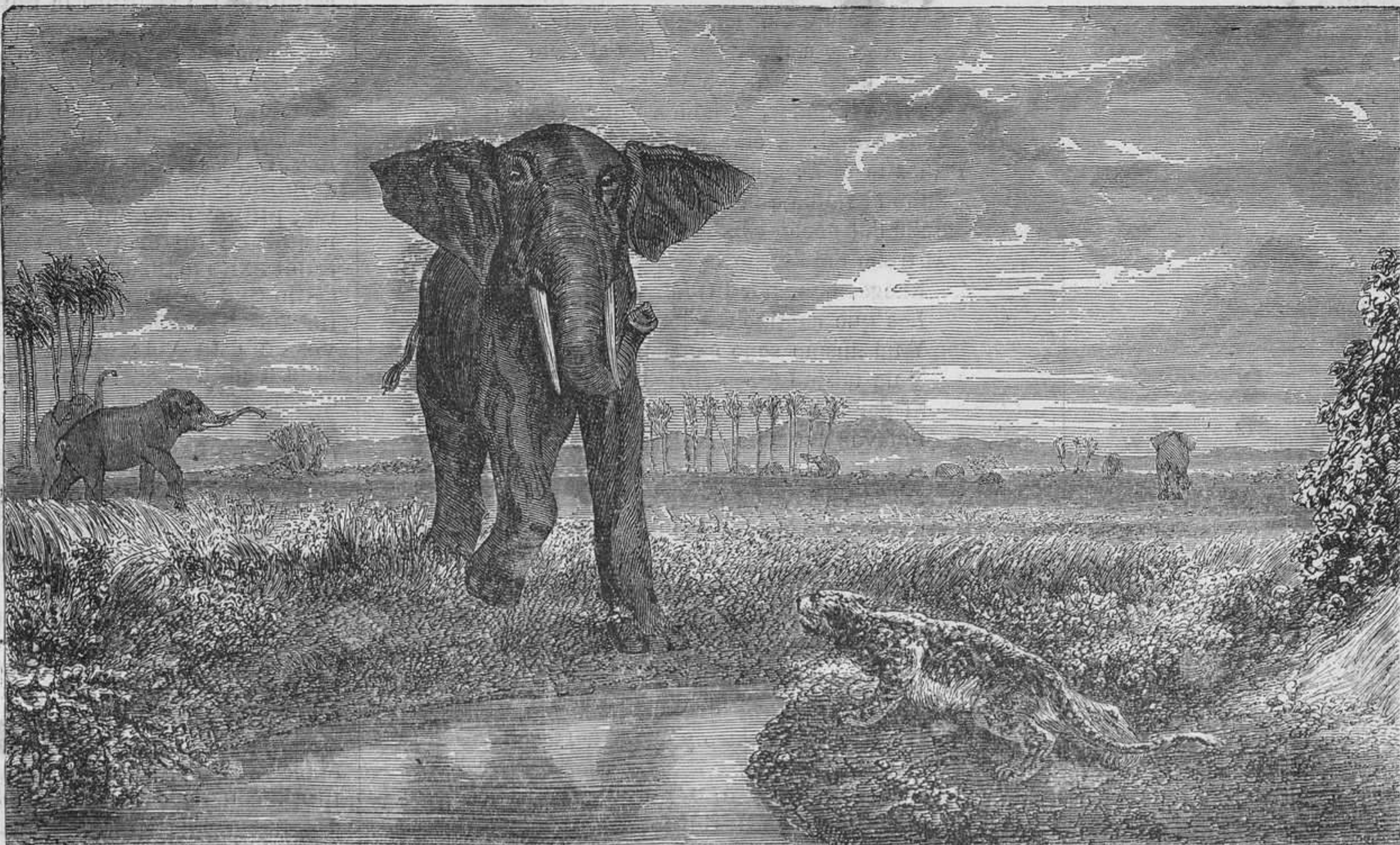
Los nueve dibujos célebres relativos á la *historia de Sanson* atestiguan tambien las tendencias al estilo bíblico. La leyenda de este Hércules judío, tan fuerte y tan poco inteligente como el de la Grecia, convenia perfectamente al talento descriptivo puramente exterior del artista. Con ese robusto cam-



Caballería turca asiática vadeando un rio, cuadro por M. Decamps.

peon no hay que buscar otro ideal que el de su vigor muscular; por lo demás el asunto se presta maravillosamente á lo pintoresco, y M. DECAMPS ha sabido comprenderlo así en todas las composiciones de esta historia.

Siempre original, sea cual fuere el asunto elegido, este artista lo es mas aun por la manera que tiene de tratar los asuntos orientales. El Oriente le pertenece, en él ha establecido su dominación, y no hay pin-cel, si se exceptúa quizá el de Marilhat, que haya rivalizado con el suyo, en lo concerniente á cosas orientales. Los turcos y los persas se hallaban hacia mucho tiempo condenados á sufrir los disfraces de los poetas, novelistas y pintores; servian de pretexto á



El tigre y el elefante.

juguete de la imaginación, sin ninguna especie de verdad ni de gusto. Un día M. DECAMPS presentó á los ojos de un público francés, fisonomías características y extrañas, una tierra, unos horizontes de un aspecto nuevo, una luz brillante, sombras vigorosas desconocidas en nuestros climas; esta vez veíamos el Oriente verdadero, el artista se hallaba de regreso del Asia Menor.

Uno de aquellos primeros cuadros es la *Ronda de Esmirna*: un baja rollizo y de rostro impávido recorre las calles, acompañado de sus guardias, flacos de cuerpo, afilados de piernas y que corren á pié delante y detrás de él, especie de fantasmas que se deslizan y apenas rozan el suelo. La ex-

trañeza de esta aparición fantástica tocaba casi en los límites de la caricatura. Pero el mas completo y el mas satisfactorio de los cuadros de M. DECAMPS sobre el Oriente, es el *Alto de árabes á caballo*. Acaban de correr largamente por el desierto y se detienen para dar de beber á sus caballos á una fuente, al pié de una alta muralla almenada espléndidamente quemada por el sol y sobre cuyos tonos ardorosos se destacan los trajes pintorescos de los orientales. El paisaje es luminoso, profundo, y el color es sólido y armonioso. — El *Gran bazar turco* que representa una calle de Esmirna con su población muy ocupada en los negocios y procedente de todos los puntos del Levante, es quizá el primer lienzo de M. DECAMPS por su colorido. Solo bajo ese punto de vista es ya una pintura de las mas originales. El sol hace reflejar las tintas de los objetos con un brillo extraordinario; las sombras se ven animadas allí con una transparencia inimitable. El pincel juega con facilidad en medio de ese chispeo luminoso, cuyos tonos brillantes, fuertes y coloreados, deslumbran la mirada, como la viveza de los blancos la ofenden en la pintura inglesa.

El *Café turco* que reproducimos, es una representación curiosa del *far niente* oriental, de ese sueño apático de donde sale la tempestad en ciertos momentos. El personaje apoyado en la columna, soldado y bandido á la vez que mira apaciblemente como corre el agua al pié de esa choza pintoresca, quizás ha estado por la mañana en alguna expedición criminal. Mientras los parroquianos de ese café singular descansan en la sombra, que el tiempo ha ennegrecido demasiado en esta pintura, una mujer está tendiendo ropa en la azotea y su elegante perfil se destaca sobre la transparencia aérea del cielo. — Un cuadro titulado: *Recuerdo de la Turquía de Asia*, presenta tonos claros y rosados y una ejecución fria que recuerda Poelenburg; es otra escena de calma y de quietud, un sueño dichoso que contrasta con nuestra inquieta actividad. — En otros dos cuadros, variados de un mismo pensamiento, hallamos otra escena por el estilo: *Niños turcos jugando con tortugas*.

M. DECAMPS ha estudiado detenidamente la fisonomía de los niños turcos lo mismo que la de los bajás, los griegos, los armenios, los árabes... que siembra en sus composiciones.

Preciso es que haya asistido á alguna salida de una escuela turca para haber pintado con tanta verdad esa escena estrepitosa



Exposicion de 1855. — La salida de una escuela turca, acuarela por M. Decamps.



Asnos de Oriente, cuadro por M. Decamps.



Un café en el Asia Menor, cuadro por M. Decamps.

donde todos esos muchachos que se escapan de la férula del viejo pedagogo con anteojos se precipitan en la calle, brincando y saltando, rebotando de júbilo porque pueden olvidar un instante las reglas de la gramática para disfrutar del sol y de la libertad. Este asunto, pintado al óleo, forma parte de la colección de M. Moreau. Reproducimos esta composición entre nuestros dibujos.

El cuadro del *Carnicero turco* (1843) abrigado en la sombra de su tienda sanguinolenta, tiene esas oposiciones violentas de luz y de sombra, esas paredes de un blanco reluciente que á veces ofende la vista en ciertas obras de M. DECAMPS. El cuadro de los *Asnos de Oriente* descansando (1833), que aquí reproducimos, gusta por la verdad que hay en las posturas de esos animales resignados, pero el trabajo minucioso y paciente

del pincel confunde demasiado los objetos; el terreno, las tapias y el pelo de los animales todo tiene un aspecto uniforme.

Después del reposo el movimiento del viaje. En el *paisaje en Anatolia* vemos una pequeña caravana, algunos hombres á pié y varios dromedarios, que suben una cuesta y bajan una hondonada cubierta de árboles, de donde saldrán en breve para entrar en una llanura blanquecina y tostada por el sol. El hermoso dibujo reproducido aquí por el grabado nos muestra un destacamento de *caballería turca atravesando un vado*.

En posesión del sol y la naturaleza poco le cuesta al artista trasladarnos en medio de las malezas de la India holladas por cuadrillas de elefantes en toda libertad como en las primeras edades cuando el hombre no había hecho aun su aparición sobre la tierra. Bajo el cielo abrasado uno de esos enormes cuadrúpedos viene á beber en una charca y

distinguendo á un turco que se arrastra como desponiéndose á saltar sobre él, pone su trompa al abrigo de sus colmillos de marfil, y extiende sus grandes orejas que se dibujan en sombra sobre el cielo como las alas de un murciélago gigantesco. Damos tambien una copia de este cuadro singular titulado: *el Tigre y el Elefante*.

A su vuelta de Oriente M. DECAMPS se detiene con gusto en los países visitados por el sol, la Italia y la España; en esta se encuentra á D. Quijote y Sancho Panza, cabalgando sobre sus monturas desiguales, alineadas, avanzando de frente y con las orejas gachas, y hace de los dos un bosquejo tan completo é interesante, que si Cervantes volviese al mundo no

quisiera mas ilustracion que la suya para su inmortal novela.

Vuelto á los pálidos y húmedos climas de donde salió, se alimenta de sus recuerdos de Oriente, y su pensamiento no puede desprenderse de ese mundo encantado, donde la anchura y rica brillantez de los vestidos se armoniza tan bien con el aspecto pintoresco y luminoso del país. Ni siquiera se digna fijar la vista en ellos, tal es el horror que le causa la ridícula y uniforme apariencia de la moda europea, y el peor gusto de los sastres que nos visten: ¡es imposible ser mas turco de lo que es! Tan solo en una ocasión caen bajo su mano unos fraques de moda pasada hacia muchos años y se le antoja sacar partido de ellos, no para vestir á honrados y pacíficos propietarios de provincias como suele suceder, sino para disfrazar monos y ponerlos en escena de la manera mas ridícula y con actitudes muy llenas de verdad. Entre estos monos *aficionados* el personaje principal, el juez apreciador está sentado delante de un cuadro puesto sobre un caballete: es un viejo que tiene sobre sus ojos una pantalla verde, y acaricia familiarmente la media blanca de una de sus piernas cruzadas, al mismo tiempo que examina una pintura microscópica. Otros monos esperan respetuosamente que formule su juicio, mientras que uno solo no toma ninguna parte en esta historia de cuadros; este es un criado con cara ancha y enojada, lleva un paraguas debajo de un brazo y un cuadro debajo del otro y murmura interiormente contra el necio de su amo que le tiene allí de pie tanto tiempo. Este cuadro de una ejecución tan fina que data de 1837 tiene un tono fuerte que le ha conservado bien de los rigores del tiempo.

El *Meno pintor*, que reproducimos, es un bonito lienzo armonioso sobre un asunto análogo. — M. DE CAMPS pinta los animales con el mismo acierto que el paisaje; y su talento en ese sentido brilla en la Exposición en el *Asno y los perros sabios*; la *Perrera*, con todos los perros en conmoción á la entrada del que los cuida; las *Gallinas y los patos*, y por último los *Caballos* de una realidad tan poderosa. Como vemos, la mayor parte de estas composiciones se hallan desprovistas de significación intelectual ó moral; pero aquellas mismas que se componen de los detalles mas vulgares adquieren un valor y una significación particular por el carácter pintoresco que imprime en ellas el talento del artista. Lo único que hay de sentir es que el relieve que quiere dar á los objetos, el brillo con que quiere realzarlos bajo las oposiciones de sombra y de luz, le arrastran muchas veces á una ejecución laboriosa que mata la espontaneidad y neutraliza la sencillez de la impresion. Pero de todos modos, justo es decir que esa reunion de cuadros tan diversos establece victoriosamente para todo el que los vea por la primera vez, la superioridad de un artista que se muestra á un tiempo paisista, pintor de animales, pintor de interiores y de figuras y que lo mismo en la fisonomía particular de su dibujo que en la fuerza de su colorido manifiesta siempre una individualidad original á todas luces.

D. P.

ELVIRA Y LUISA.

(Continuacion.)

XLII.

ELVIRA Á LUISA.

Mi niña tiene dos meses; mi madre ha sido la madrina, y el padrino un tío muy viejo de Luis, que se llama Atenais.

En cuanto pueda saldré para ir á ver á Chantepleurs puesto que no os asusta un ama de cria. Tu ahijado dice tu nombre, le pronuncia *Mabomer*; no puede decir la letra *e* de otra manera. Te volverás loca cuando le veas; ya tiene completa su dentadura, come carne como un muchacho crecido, y corre y trota como un ratón; pero yo siempre le miro con inquietud y siento mucho no poderle tener á mi lado en los cuarenta días que tengo que pasar encerrada por orden de los médicos.

Mi padre dice que Felipe está mas delgado y tambien su querida esposa; sin embargo, el duque y la duquesa de Soria se han marchado. No sé que haya ningún motivo para celos. ¿Me ocultas alguna pesadumbre? Tu carta no era tan larga ni encerraba pensamientos tan efectivos como las otras: ¿será solo por un capricho de mi amada caprichosa?

Basta por hoy, me riñen porque escribo y la señorita Atenais de la Estorade quiere comer. Adios, escribeme cartas muy largas.

XLIII.

DE LA BARONESA DE MACUMER Á LA CONDESA DE LA ESTORADE.

Por la primera vez de mi vida he llorado sola, Elvira de mi alma, bajo un sauce, sobre un banco de madera, á la orilla de mi largo estanque de Chantepleurs, un sitio delicioso que tu embellecerás, pues hace falta

en él un grupo de niños jugueteros. Tu fecundidad me ha hecho pensar tristemente que pronto hará tres años que estoy casada y todavía no he tenido un hijo. ¡Oh! me decía, aun cuando debiera padecer mil veces mas que mi Elvira, aun cuando debiera ver al fruto de mis entrañas torciéndose en horribles convulsiones. ¡Dios mío! dame una criatura angelical como Atenais, que estoy viendo desde aquí tan bonita como la luz, pues tú no me has dicho nada sobre este punto. En esto he reconocido á mi amiga Elvira; me parece que adivinas mis penas. Cuantas veces me engaño en mis esperanzas paso una porción de días entregada á la tristeza mas profunda. En aquel momento estaba en el capítulo de las elegias. — ¿Cuándo bordaré gorritos? ¿cuándo escogeré pañales y mantillas? ¿cuándo coseré bonitos encajes para embellecer una cabecita divina? ¿Estaré condenada á no sentir jamás que una de esas preciosas criaturas me tira de los vestidos, diciendo mamá? ¿No veré nunca en la arena el rastro de las ruedas de un cochecillo? ¿Nunca recogeré los pedazos de juguetes diseminados en mi patio? ¿No iré jamás como tantas madres que he visto á comprar sables, muñecas y cocinillas? ¿Nunca presenciare como se desarrolla una vida que será otro Felipe mas amado aun? Desearia un hijo para saber como se puede querer á un amante mas que en la repetición de sí mismo.

Mi parque, mi palacio me parecen desiertos y frios. Una mujer sin hijos es una monstruosidad, estamos en el mundo para ser madres. ¡Oh! Elvira, ¡qué bien has visto la existencia humana! Además, la esterilidad en todo es horrible. Mi vida se parece un poco á los cuadros pastorales de Gessner y de Florian, en los cuales, como decía Rivarol, falta algun lobo. Yo quiero tambien una vida de abnegación y sacrificios; siento en mí fuerzas que desconoce Felipe, y si no soy madre por capricho trataré de proporcionarme alguna desgracia. Esto le acabo de decir á Macumer que echó á llorar oyéndome; mi venganza fué llamarle tonto sublime. Su amor no aúmate chanzas, Elvira.

Tengo deseos de hacer novenas, de ir á pedir la fecundidad á ciertas vírgenes ó á ciertos baños, y me propongo consultar á los médicos sobre este último punto. Estoy muy enfurecida conmigo misma para continuar escribiendo; adios, amiga mia.

XLIV.

DE LA MISMA Á LA MISMA.

Paris 1829.

¡Un año sin carta tuya!... Estoy algo picada, Elvira. ¿Crees que tu Luis te reemplaza, con sus visitas de dos en dos días? No me basta saber que sigues buena, que tu casa y tus asuntos marchan bien, quiero tus ideas y tus sentimientos, como yo te entrego los míos á riesgo de que me riñan, ó me critiquen, ó me desconozcan, pues ya sabes que te amo con extremo. Tu silencio y tu retiro en el campo cuando podrias disfrutar aquí de los triunfos oratorios del conde de la Estorade, cuya *palabrería* y adhesión le han adquirido una grande influencia, y que sin duda será bien colocado al fin de la legislatura, me inspiran graves inquietudes. ¿Pasas tu vida escribiéndole instrucciones? Nunca no estaba tan lejos de su Egeria. ¿Porqué no has aprovechado la ocasion de ver Paris? Estaríamos viviendo juntas cuatro meses hace. Luis me ha dicho ayer que vendrias á buscarle y á dar á luz en Paris tu tercer hijo, madre fecunda. Al cabo de muchas preguntas y muchos suspiros y muchas quejas, Luis, aunque diplomático, me confesó que su anciano tío, el padrino de Atenais estaba muy malo, y se me ha ocurrido, como eres tan buena madre de familia, que estarás ocupada en sacar partido de la gloria y de los discursos del diputado para obtener un legado ventajoso del último pariente materno de tu esposo. No tengas cuidado, Elvira, los Lenoncourt, los Chaulieu y los Macumer trabajan en favor de Luis. Tenemos un amigo que sin duda le logrará un buen empleo en el Tribunal mayor de cuentas. Pero si no me dices porqué motivo permaneces en tu rincón me enfado seriamente. ¿Es para que no se descubra que en tí se encierra toda la política de la casa de la Estorade? ó es por la suresion del tío, ó acaso porque temes ser ménos madre en Paris que en la provincia? ¡Oh! ¡desearia saber si es porque quieres ocultarte estando embarazada, pícara coqueta! Adios.

XLV.

ELVIRA Á LUISA.

Te quejas de mi silencio como olvidando mis dos cabecitas de pelo negro que gobiernan y que me gobiernan. Además te diré que has acertado una de las razones que tenía para quedarme en casa: sin contar el estado de nuestro precioso tío, no he querido ir á Paris con un niño de cuatro años y una niña que pronto tendrá tres, y estando además embarazada; no he querido tra-tornar tu casa con esta gentecilla, no he querido presentarme con desventaja en la brillante sociedad en que tú reinas, y la vida en la fonda me horripila.

El tío de Luis al saber el nombramiento de su sobri-

no me regaló la mitad de sus economías, doscientos mil francos para comprar una casa en Paris y Luis está encargado de buscar una en tu barrio. Mi padre me da unos treinta mil francos para los muebles, de modo que cuando vaya á Paris por todo el tiempo que dure una legislatura, iré á mi casa, y todo para ser digna de mi amada Luisa.

Te agradezco mucho las buenas relaciones que has proporcionado á Luis, pero á pesar de lo mucho que le estiman los señores de Bourmont y de Polignac, que quieren llevarlo al ministerio, yo no deseo que esté tan á la vista, porque en esos empleos el hombre se halla siempre comprometido. Prefiero el Tribunal de cuentas porque en él los empleados son inamovibles. Nuestros negocios quedarán aquí en buenas manos, y una vez que nuestro mayordomo esté bien al corriente de todo me iré con Luis seguramente.

En cuanto á escribir cartas largas ahora, no puedo hacerlo. Esta en la que quisiera poder pintarte mi vida ordinaria, permanecerá sobre mi mesa durante ocho días. No respondo de que mi niño no haga con ella cuatro palomitas para sus regimientos alineados sobre mi alfombra ó cuatro barquichuelos para las flotas que vogan en su baño. Con la pintura de un día te bastará, pues todos se parecen, y se reducen á dos acontecimientos: los niños están buenos ó no lo están. En mi casero solitario puedo asegurarte que los minutos son horas para mí, ó las horas minutos, según el estado en que se hallen mis niños. Si paso algunos ratos deliciosos es mientras duermen, cuando no estoy obligada á mecer á la niña ó á contar cuentos á su hermano para que cojan el sueño, pues entonces viéndoles dormidos á mi lado, me digo: — Ahora ya nada temo. Efectivamente, ángel mío, durante el día todas las madres inventan peligros; en cuanto no se hallan á su vista las criaturas delirán con navajas de afeitar que se figuran tomaron por juguetes, con la lumbre, con los perros que pueden morderlos. con un golpe en la cabeza por ir corriendo. Ya ves que la maternidad trae consigo una serie de poesías dulces ó terribles; no hay una hora sin alegrías y temores. Pero por la noche en mi cuarto llega el instante de esos sueños con los ojos abiertos, en los cuales arreglo sus destinos; su vida se ilumina entonces por la sonrisa de los ángeles que veo á su cabecera. A veces Armando me llama en su sueño, y acudo á besar su frente y los piecitos de su hermana contemplándolos á los dos en su hermosura. Tales son mis fiestas. Ayer creo que mi ángel guardián me inspiró la idea de saltar de mi cama en medio de la noche para ir corriendo á la cuna de Atenais que hallé con la cabeza baja, y á mi niño descubierto con los pies amoratados por el frío.

¡Oh! ¡mamá querida! me dijo despertándose y dándome un beso.

Ahí tienes, querida mia, una escena nocturna. ¡Cuán útil es para una madre el tener á su lado sus hijos! ¿Acaso una niñera ó un ama de cria por buenas que puedan ser, tienen el cuidado de cogerles, serenarlos y hacerles dormir de nuevo, cuando alguna pesadilla horrible les despierta? Porque los niños tienen sus sueños, y explicarles una de sus visiones espantosas es una tarea tanto mas difícil cuanto que el niño escucha entonces á su madre con un ojo dormido, asustado, inteligente y estúpido, todo á un tiempo. Por esto mi sueño se ha hecho tan ligero que veo á mis dos niños y los oigo á través de la gasa de mis párpados, me despierto con un suspiro, con un movimiento, el monstruo de las convulsiones está siempre para mí escondido detrás de su cabecera.

Al amanecer oigo ya á mis dos niños con los primeros cantos de los pájaros. Por entre los velos del último sueño, sus gorjeos se parecen á los de la mañana, á las disputas de las golondrinas, gritos alegres ó lastimeros que oigo con el corazón mas que con los oídos. En tanto que la niña trata de llegar á mí operando el paso de su cuna á mi lecho, arrastrándose sobre sus manos y dando pasos mal seguros, Armando brinca con la destreza de un mono y me da un beso. Las dos criaturas hacen entonces de mi cama el teatro de sus juegos donde su madre está á su discreción; la niña me tira de los rizos, quiere mamar todavía, y Armando defendiéndome mi pecho como si fuera un bien que le pertenece. No puedo resistir al ver ciertas posturas, ciertas risas que salen como cohetes y que concluyen por ahuyentar el sueño. Entonces jugamos á juegos feroces, la madre es una leona que se come á fuerza de caricias aquella carne tan tierna, tan blanca y tan dulce; besa con rabia aquellos ojos tan graciosos en su malicia, aquellos hombros rosados y excita movimientos de celos que son encantadores. Hay días en que quiero ponerme las medias á las ocho, y á las nueve todavía no he logrado ponerme una.

Por fin, querida mia, me levanto, y principio el trabajo de tocador. Me pongo mi peinador, me levanto las mangas, tomo el delantal de hule, y ayudada por Mary baño y limpio á mis dos pimpollos. Yo sola juzgo el grado de calor del agua, pues la temperatura del agua entra por mitad en los gritos y lloros de los niños. Entonces se elevan las flotas de papel y los patos de vidrio, pues es preciso divertir á las criaturas para que se dejen limpiar. Si supieras cuantos placeres es preciso inventar para que esos reyes absolutos se dejen pasar la esponja y el jabón, te sorprenderia la destreza y talento que exige el oficio de madre cumplido gloriosamente. Hay que suplicar, reñir y prometer, en fin, hay que poner en uso una charlatanería tanto mas superior cuanto que debe disimularse con engaños seductores. No sabria una como componérselas si á

perspicacia de la criatura no hubiera opuesto Dios la perspicacia de la madre. Un niño es un gran político que se conquista como a todo gran político... por sus pasiones. Afortunadamente estos angelitos se rien de todo; un cepillo que se cae, una concha de jabon que se desliza, excita en ellos grandes carcajadas. Por último, si los triunfos se compran muy caros, á lo ménos es cierto que se triunfa.

Pero solo Dios, pues hasta su padre ignora todo esto, solo Dios, tú ó los ángeles, podríais comprender las miradas que cambiamos la doncella y yo, despues de haber acabado de vestir á nuestros dos pequenuelos y que les vemos limpios en medio de los jabones, las esponjas, los peines, las jofainas, las franelas, los mil detalles de una verdadera *nursery*. Me he vuelto inglesa en este punto, confieso que las inglesas tienen un talento especial para el cuidado de los niños: es verdad que no consideran á las criaturas sino bajo el punto de vista del bienestar material y físico, pero tienen razon en su sistema de perfeccionamientos. Por eso mis niños tendrán siempre los piés envueltos en franela y las piernas desnudas, no irán apretados ni comprimidos, pero tampoco irán solos nunca. En Francia se esclaviza mucho á la criatura con sus pañales y sus fajas y se da mucha libertad á su nodriza, este es el sistema. Pero una verdadera madre nunca está libre, y ahí tienes porque no te escribo, pues tengo á mi cargo la administración de las haciendas y el cuidado de dos niños.

La ciencia de la madre exige méritos silenciosos, igno ados de todos, sin ostentacion, una virtud constante, una abnegacion de todas las horas: es preciso estar alerta con la papilla que se pone á la lumbre. ¿Me crees capaz de descuidar alguna cosa? En el menor detalle se advierte recompensado el cariño materno. ¡Oh! ¡es tan bonita la sonrisa de un niño cuando encuentra buena la comida! Armando tiene movimientos de cabeza que valen toda una vida de amor. ¿Cómo dejaría yo á otra mujer el derecho, el cuidado, el placer de enfriar soplando una cucharada de sopa que abrasaría los labios de mi niña, destetada hace cuatro meses y que se acuerda siempre del pecho? Cuando una criada quema la boca de un niño dándole algo muy caliente, dice á la madre que corre á ver lo que es, que el niño grita de hambre. ¿Pero cómo una madre puede dormir en paz con la idea de que un alimento impuro puede pasar por las cucharadas que traga su niño? Cortar en pedacitos menudos la carne de mi niña que está echando sus últimos dientes, y mezclar con patatas esta carne bien cocida es una obra de paciencia, y á decir verdad, solo una madre es capaz de hacer comer en ciertos casos á un niño impaciente todo el alimento que le está destinado. No hay criados ni doncellas que puedan dispensar á una madre de entrar en persona en el campo de batalla donde la dulzura debe luchar contra las pequeñas incomodidades de la infancia, contra sus dolores.

Luisa mia, es preciso cuidar á estos seres inocentes con el alma, no puede una fiarse para vestirlos, desnudarlos y alimentarlos sino de sus ojos y de sus manos. En principio, el grito de un niño es una razon absoluta que culpa á la madre ó á la doncella, cuando no tiene por causa un dolor que la naturaleza le haya impuesto. Desde que viven dos criaturas á mi cuidado (y pronto habrá tres) no tengo nada en el alma mas que mis hijos, y tú misma, á quien tanto amo, solo como recuerdo estás en ella. Hay dias en que no estoy vestida á las dos; y por esto me inspiran recelos las madres que tienen sus casas muy bien arregladas, y bonitos cuellos y vestidos y todo en orden. Ayer, como estamos á principios de abril, hacia un dia hermoso, y quise sacar á paseo á mis niños, antes de que mi proximo parto me sujeten en casa; amiga mia, para una madre un paseito es un poema que se principia á disponer la vispera. Armando debía estrenar una chaqueta de terciopelo negro, un cuellecito que le he bordado yo, y una gorrita escocesa con los colores de los Stuardos y plumas de gallo; Atenais debía salir de blanco y de color de rosa con las preciosas papalinas de las pequenuelas: papalinas, cuello, chaqueta, medias y zapatitos, las cintas de color de rosa para las piernas, la falda de muselina bordada con dibujos de seda, todo estaba sobre mi cama.

Cuando esos dos pajarillos tan alegres y que se entienden entre sí á las mil maravillas estuvieron listos, cuando aquellos ojos chispeantes me dijeron: Vamos, yo palpaba de gozo; ¡Oh! ver unos niños adornados por nuestras manos, ver ese cutis tan fresco donde brillan las venas azules cuando uno les ha bañado, restregado y secado, ver ese cutis realzado por los vivos colores del terciopelo y de la seda, es mas que un poema: ¡con qué pasion, apenas satisfecha, se les llama para bajar un poco el blanco cuellecito que hace tan bonitas sus gargantas! Esos cuadros, que pintados en estúpidas litografías detienen las miradas de todas las madres, los hago yo todos los dias en mi casa.

Una vez fuera, gozando de mi trabajo, admirando al pequenuelo que tenia el aire del hijo de un príncipe y que hacia andar á su hermanita por el senderillo que conoces, llegó á pasar un carruaje, quise apartarlos y ambos rodaron en un charco de lodo... ¡Adios mi tarea y mi gozo! hubo que llevarlos á casa y vestirlos de otro modo. Tomé á la niña en mis brazos sin reparar que estropeaba mi vestido; Mary se apoderó del otro, y hénos otra vez en mi cuarto. Cuando un niño grita y se moja, todo está concluido, su madre no sabe ya lo que la pasa.

Llega la hora de la comida sin que haya podido hacer nada la mayor parte del tiempo; pero ¿cómo puedo atender á los dos, á ponerles las servilletas, á levantarles las mangas y darles la comida? Ese es un problema que cada dia resuelvo dos veces. En medio de estos incidentes perseverantes, de estas fiestas ó de estas desgracias, solo yo ando olvidada en esta casa; muchos dias me paso sin quitarme los papillotes cuando los niños han estado impertinentes; mi tocado depende de su humor. Para tener un momento mio, para escribirte esas seis páginas, es preciso que les deje cortar las estampas de mis libros, que les dé naipes, el juego de aljodres y el de las damas, que la niña devane mi lana ó mi seda á su manera, esto es, de un modo tan complicado que consagra todo su entendimiento á su tarea y no chista una palabra.

Pero en último resultado no debo quejarme; mis dos niños son robustos, y se divierten con poco; la mas mínima cosa les pone locos de alegría, y mas bien necesitan una libertad prudente que juguetes. Unas bolitas de color de rosa, amarillas ó negras, cuatro conchas y las maravillas de la arena constituyen su felicidad; su riqueza consiste en poseer muchas cosillas de esas. Armando habla á las flores, á las moscas, á las gallinas, las imita, y se entiende con los insectos que le sorprenden á lo sumo. Todo lo que es pequeño les interesa, Armando principia á preguntar el *porqué* de todas las cosas, y ha venido á ver lo que yo decia á su madrina; además te toma por una hada, y ya ves como los niños tienen razon siempre.

(Se continuará.)

Revista de la Moda.

SUMARIO. — La estacion de las vacaciones. — Es preciso descubrir novedades. — Trajes de baile en la playa de Dieppe. — Veinticinco dias de campo al borde de la mar. — Una mujer « feliz. » — Una bata que no es una bata. — Esclavitud ocasionada por los trajes modernos. — Unas enaguas con volantes de paja que caen estrepitosamente en el sport de Longchamps. — Vestidos fotografiados en las carreras. — Un dandy con esclavina y una elegante con paletó. — Descripción del figurin de este número, que representa dos trajes de otoño.

Estamos en tiempo de vacaciones, es decir, cuando cada cual trata de divertirse lo mas que puede, pero entretanto vuestra humilde servidora no sabe donde ir á buscar las modas nuevas. Es verdad que no hay en donde; las novedades no salen á relucir en Paris hasta principios de noviembre, y hoy la capital sigue con sus atavíos de verano, gracias al sol esplendente y al firmamento azul de estos dias envidiables, de modo que es imposible pensar en paños y en terciopelos cuando todas las señoras de la alta elegancia siguen paseándose en el bosque de Boulogne con sombreros de paja de arroz y pañuelos de crespón de China. Y sin embargo, no hay remedio, es preciso cumplir con el oficio, es preciso descubrir novedades, es preciso hablar y escribir como hacen los críticos de teatros que dan cuenta de una pieza y la juzgan y aprecian sin haberla visto, de modo que prefiero esperar al próximo número para hablar de las modas de invierno.

La aristocracia está todavía en los baños de mar; las señoras se pasean por la playa de Dieppe vestidas de todo lujo, con vestidos de volantes de encajes que transforman en salones de bailes aquellas encantadas arenas. Pero las señoras elegantes en toda la acepcion de la palabra no hacen en los baños sino apariciones de corta duracion; se trazan un plan de campaña, lo mismo absolutamente que el general Pelissier en la Crimea. « Estaré veinticinco dias en Dieppe, ni uno mas. » ¿Y porqué veinticinco y no veintiseis? Porque la señora coqueta se lleva consigo veinticinco vestidos y veinticinco sombreros, y así cada dia podrá salir con un vestido diferente, y en esta pequeña campaña calculada con tanta estrategia como la toma de Sebastopol ganará una reputacion extraordinaria. Las demás mujeres la envidian, rabian de celos, la denigran, y en suma, la consideran muy « feliz, » porque puede cambiar un traje trescientos sesenta y cinco dias cada año.

Una mujer feliz no es la que posee un buen marido (cosa rara por cierto), sino la que puede permitirse tantas maravillas, todos esos caprichos de la moda, de la fantasia y del gusto. Verbigracia, una mujer feliz lleva la bata siguiente, que por cierto no es una bata, sino un traje de joven interesante que se viste al descuido con muchísimo cuidado.

Esta bata Luis XV es de tafetan blanco estampado de florecillas silvestres con adornos de cintas plegadas, de colores adecuados á los de las flores; su corte es casi subido; la forma es ancha sobre la espalda y el delantero, y ajustada por los lados; el corpiño va ligeramente fruncido por abajo. Esta bata se lleva abierta en toda la altura, sobre otra interior blanca; las puntas son redondas, y una cinta número 12 plegada corre por la escotadura, el hombro, los dos lados del delantero y sobre la falda y por abajo: la manga tambien va guarnecida de esta cinta en el brazo y en el volante.

El vestido inferior es de muselina blanca con dos altos volantes en la falda guarnecidos cada uno con un encaje de Malinas ó una guipure. La espalda se compone de tres gruesos pliegues afollados que se continúan á lo largo y forman un rastro abajo. La manga aplastada de arriba va guarnecida con un volante de gruesos pliegues afollados. Un cordón pasa bajo los pliegues y sostiene el talle, cayendo por delante con hermosas borlas.

He dado detalles minuciosos sobre esta bata, pero los he creído necesarios para hacer ver que una joven podia recibir con este traje en su gabinete, diciendo que se halla ata-

cada de los nervios ó que tiene *spleen*. Y esto con tanta mas razon cuanto que en la cabeza lleva un adorno de encaje sostenido por lazos de terciopelo y de cinta. La bata en cuestion es efectivamente una novedad, pero no es así como yo comprendo el traje de negligé de mañana ó noche. Una bata debe ser un vestido holgado y nada mas, para disfrutar de la libertad de movimientos tan apetecible en la casa. En verdad diré que no comprendo á las señoras del dia: proclaman la independencia, quieren libertarse de su gracioso título de mujer y fumar cigarros, y se ponen unos vestidos voluminosos que las hacen tan *sumisas* y *esclavas* como lo eran las antiguas damas del régimen antiguo, que se veían obligadas á volverse enteras.

La crinolina y las enaguas almidonadas aniquilan completamente las gracias de la mujer; no se sabe qué es lo que va andando, es algo de monstruoso que se enseñaría por dinero en los Campos-Eliseos, si desgraciadamente la mujer tuviera una configuración semejante. Pero sin embargo, nos admiran, nos abren paso, me dirán las aficionadas á la crinolina; en efecto, pero á esto responderé yo que la sorpresa y la curiosidad tienen poco que ver con la admiracion.

Hé aquí ahora un lance divertido que ha tenido lugar en el sport de Longchamps el dia en que Genaro luchó á correr con los mejores caballos españoles, ingleses y árabes. Una gran coqueta de las que mas se distinguen en seguir la moda, en el momento en que subía con pié ligero las escaleras que la conducian á una de las tribunas reservadas, oyó un horrible chasquido bajo su hermoso vestido de muaré antiguo, y vió caer á sus piés unas *enaguas-silfide*, armadas de fuertes volantes, de paja de arroz; fácil es comprender si la gente se divertiría. Estas enaguas indiscretas se ensanchaban como un pavo real que hace la rueda, y la pobre joven mas avergonzada y confusa que el cuervo de la fábula trabajó de un modo extraordinario para sacar sus piececillos de entre los cuatro volantes de paja.

En ese mismo dia las tribunas estaban llenas de hermosas mujeres con bonitos trajes: era un espectáculo nuevo, que seguramente no se renovará muchas veces. Vi algunas novedades de otoño que voy á describir en pocas palabras:

— Un vestido de tafetan azul guarnecido de terciopelo y fleco de seda negra: el corpiño subido no llevaba faldeta, y por delante formaba como un chaleco; además tenia tirantes de terciopelo con fleco; bajo los tirantes remataban cuatro presillas y cuatro lazos de terciopelo negro; las mangas se componian de tres afollados y de un volante cortado por tres bandas de terciopelo prendidas sobre el costado por detrás; la falda llevaba dos volantes guarnecidos de una ancha banda de terciopelo y de un fleco.

— Un vestido de anchas rayas de tafetan y muaré antiguo, con un corpiño de faldetas, adornadas con una redecilla sevillana; sobre la espalda y el delantero del corpiño se veía este mismo adorno de redecilla.

— Un vestido de tafetan color de violeta; en medio de la falda habia dos anchos terciopelos en cuyo centro se veían lazos de terciopelo terminados con borlitas; el corpiño llevaba el mismo adorno, únicamente al borde de las bandas de terciopelo negro se veía un rico encaje de Chantilly.

En ese curioso espectáculo de Longchamps pude admirar tambien un dandy con esclavina y una elegante con paletó. La esclavina del dandy tenia mangas anchas formando canelones; era como el capote de un soldado que está de centinela por la noche. El paletó femenino no era ménos estrambótico; su color era pardo; señalaba el talle, llevaba grandes bolsillos á los lados abajo de los faldones y botones de nácar tan anchos como clavos romanos. Sin embargo este paletó no carecia de cierta elegancia: la mujer que le llevaba era alta, bien hecha y muy bonita, y sabido es que á la hermosura todo le está permitido en este mundo.

Nos hallamos en la estacion de las probaturas y de las tentativas de coquetería. Se habla de cuellos de tela que imitan la piel de oso, ó la collera de un caballo de húsar. Se dice que ya no se llevarán mas faldetas y no obstante se llevan todavía. ¿Pero qué no se dice?... Lo mas seguro es atenerse á nuestros figurines, que todos los meses pintan escrupulosamente las modas del dia.

Hé aquí, pues, dos bonitos trajes de otoño, que tienen aun ciertos visos de estío. La primera joven lleva un traje de tafetan blanco, con tres volantes ilustrados de puntos de felpilla azul tejidos en la tela; es un vestido para salir en coche: cada volante va guarnecido con un fleco de seda azul y blanca; el corpiño lleva una berta formando solapa por delante y una faldeta fruncida á gruesos pliegues; las mangas se componen de un afollado y de dos volantes; cuello de punto de Venecia y mangas interiores del mismo encaje. El sombrero es de tul con manchas de felpilla azul sobre fondo de tafetan blanco; un lazo azul, estilo batelera, sostiene en mitad del ala un velito de tul con puntos que lleva por orla una cinta azul; encima lleva tres lazos azules con puntas flotantes; guantes de color de paja y brazaletes ricos.

Segundo traje. — La joven que está sentada lleva un vestido de tafetan color de violeta, con disposicion de rayas violeta en redecilla: la falda va sin adornos; es muy larga y subida con pliegues aplastados y redondos unos sobre otros; el corpiño subido y abotonado lleva tres largas faldetas dibujadas por el corte del corpiño, y adornadas con un hermoso fleco de borlitas negras y color de violeta. Las mangas llevan tres volantes-embudos guarnecidos del mismo fleco; cuello de punto de Inglaterra; mangas Duchesne de punto de Inglaterra; sombrero de crespón boton de oro afollado, con rizados de puntilla negra, espigas de crespón boton de oro y espigas de terciopelo negro. En el interior lazo de encaje negro por un lado y espigas de crespón por el otro. Guantes de Suecia, color claro, y botitas de tafetan violeta, de igual color que el vestido.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Posesiones francesas en Africa.

FORTALEZA Y CIUDAD DE BU-SAADA.

La ciudad de Bu-Saada, situada por 37° de latitud y 2° 25' de longitud Este, se halla separada del Tell por la inmensa llanura del Hodna que llamaron algunos el desierto pequeño por la manía de buscar desiertos por todas partes en el suelo africano. Es una llanura lisa como la mar, de 40 leguas del Este al Oeste, y de 20 leguas del Norte al Sur. Produce cereales á las orillas de los rios, por medio del riego; cuando los años son abundantes en lluvia, los árabes cultivan, sin regar en las partes mas bajas, pero rara vez sacan producto.

Bu Saada que los franceses ocuparon hace pocos años, se halla en un recodo y á la falda de la larga cadena de montañas que limita el Hodna al Sur y le separa del Sahara. Es un verdadero puerto sobre una mar sin agua; la analogía es muy notable. Hé aquí las circunstancias que hicieron resolver esta ocupación. La población de la ciudad que se compone de unas 3,000 almas, se divide en siete fracciones, formando como en casi todos los pueblos del Sur dos confederaciones enemigas; á la cabeza de una de ellas está la fracción de los Mohammides, la mas numerosa y comerciante, y al frente de la otra está la de los Uled-Tsiq que se pretenden mas nobles que sus rivales.

Cuando los franceses se apoderaron del país, hicie-

ron jefe de toda la ciudad al cheik de los Mohammides, Belgomri, viejo comerciante muy activo, muy astuto y sensato para un árabe. Durante el período peor del sitio de Zaatcha se hallaba en Bu-Saada un subteniente del 38 M. Lapeyre con unos 100 hombres de distintos cuerpos. — Había entonces entre los habitantes un morabito muy venerado á 30 leguas á la redonda por su saber y piedad, llamado Ben-Chabira, un viejo honrado, de intenciones hasta aquella época, muy poco turbulentas. Pero Ben-Chabira era amigo del morabito Bu-Zian, el famoso mártir de Zaatcha: la hermosa defensa de este y el mal giro que tomaban entonces allí los negocios de los franceses, trastornaron el juicio á Ben-Chabira y creyó que había llegado el momento de la destrucción de los cristianos, ese momento anunciado por los profetas en que todos los musulmanes creen á ojos cerrados.

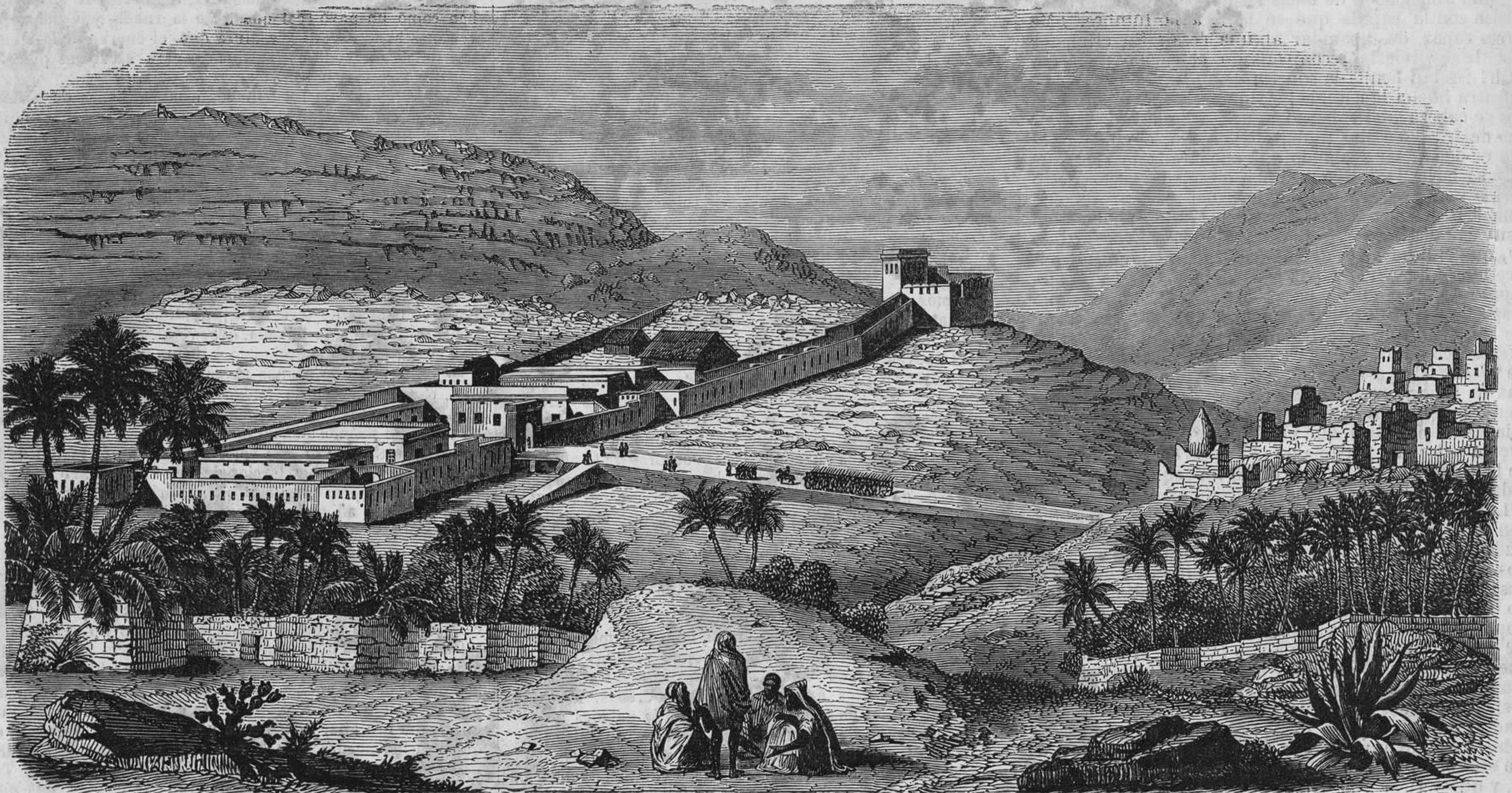
Ben-Chabira trató pues de sublevar el país contra los dominadores; pero el cheik Belgomri, advirtió al oficial francés de lo que pasaba, señalándole los habitantes que había de prender para cortar el trastorno. Sin embargo, M. Lapeyre tenia instrucciones que le mandaban desconfiar de Belgomri, y por otra parte los jefes de la conspiración le acusaban de malos designios, protestando de su adhesión, de manera que el oficial no sabia á quien creer; pero á poco se vió que el cheik tenia razón, pues estalló la broma. La parte alta de la ciudad que formaba el partido de los Uled-Tsiq se sublevó toda y quiso comprometer á la parte

baja para destruir al puñado de franceses que allí había. En estas circunstancias críticas Belgomri desplegó una notable habilidad tomando buenas disposiciones de guerra en favor de los amenazados. Los Uled-Thmeurben-Ferrad, fracción de aquellas cercanías, bajaron de sus montañas y se unieron con los rebeldes. Los hijos de Belgomri, jóvenes de mucha inteligencia, habían sido educados por Ben-Chabira y le profesaban la mayor veneración; así fué preciso emplear todos los medios para decidirlos en favor de los franceses.

La posición de los soldados bloqueados de aquel modo á cincuenta leguas de Setif era muy crítica. Como era dudoso que Belgomri hubiese logrado sostener á la mitad de la población en favor de los franceses, M. Lapeyre dió aviso al capitán Peni que mandaba interinamente en Bordj-ha Areridj, y ese capitán tomando una resolución atrevida y generosa salió al instante mismo para Bu Saada con una compañía del 38°, única fuerza de que podía disponer, y fué á reforzar aquella guarnición que desde entonces ya no corría ningun peligro.

Algunos dias despues el general Daumas llegaba á Bu-Saada con una columna de refuerzo; obtuvo la sumisión de la parte alta de la ciudad, castigó á los jefes de la rebelión, y todo volvió á entrar en orden.

Ben-Chabira pudo escaparse con su familia; huyó al Sur como todos los agitadores vencidos, y algunos meses despues fué abandonado por sus mujeres que no quisieron vivir en el destierro y volvieron á Bu-Saada. Tales son los hechos que decidieron al general



Fortaleza y ciudad de Bu-Saada.

Charon, entonces gobernador de la Argelia, á pedir la construcción de una fortaleza en esa ciudad, cuya importancia comercial es bastante grande como punto de depósito, y que se encuentra en el camino de los Zibanés á Argel. Gracias á la firme voluntad del general Bosquet que supo dar una actividad muy notable á la subdivisión de Setif, en un año el fuerte aunque bastante considerable, se hallaba construido y ocupado.

La guarnición debe componerse en tiempos ordinarios de tropas indígenas y de algunos oficiales franceses. El oasis de Bu-Saada donde se encuentran jardines deliciosos encierra diez mil palmeras y treinta mil árboles frutales. El granado, que abunda bastante, fué introducido en el país de un modo singular: un bey de Túnez se había acampado bajo los muros de la ciudad con su smala, y despues de su marcha, las estacas de sus tiendas que había dejado en la tierra y que eran palos de granados procedentes de Túnez, echaron raíces y produjeron árboles.

Los gastos de construcción de ese puesto militar que ascienden á 200,000 fr. fueron cubiertos por las multas que sacó el general Bosquet á los kabilas sublevados del Ued-Sahel, en la brillante expedición de 1851.

La ocupación definitiva de ese punto asegura la recaudación regular de los impuestos y una sumisión completa de los dos grupos importantes de población en aquel contorno, á saber: en el Norte las tribus ricas y guerreras del Hodna con sus magníficos caballos, y al Sur la mitad de la inmensa tribu de los Uled-Nayl.

Los Uled-Nayl que ántes de la dominación francesa eran en cierto modo los siervos de las tribus del Hodna, ocupan un espacio vastísimo de terreno en los límites del Sahara. Sus tierras son áridas, y secas, por cuyo motivo son pobres y andan errantes. En otro tiempo solo poseían algunos camellos sarnosos y algunos caballos flacos y pasaban su vida en una angustia constante; tributarios al Norte de los grandes señores de los Uled-Madhy y perseguidos al Sur por las fracciones vagabundas y ladronas de los Larba, recorrían con su pobre botín, espacios enormes en el Sahara.

Gracias á la protección de los franceses su suerte se mejora mucho; las fracciones de esta tribu tienen nombres poco poéticos: se llaman los Uled-el-Atreuch, los Uled el-Auer, los Uled-Sasi, etc., que quiere decir los hijos del Sordo, del Tuerto, del Mendigo, del Negro, de la Tortuga, de la Víbora, etc.

Con esos nombres, sus costumbres y sus albornoces, cubiertos de mil remiendos, un Uled-Nayl tiene un aspecto nunca visto. La triste especialidad de esta tribu consiste en suministrar todas las bailarinas del Sahara: sus padres las destinan á este vil oficio y las ejercitan para él desde su mas tierna juventud. Estas mujeres se establecen con las tiendas de grandes rayas negras y rojas en algun barranco en las cercanías de los pueblos, y concluyen ordinariamente por casarse con algun habitante de Bu-Saada, de Tuggurt ó de Laghuat. Las hay entre ellas muy hermosas: su baile que practican ya al aire libre, ya en los cafés moros en medio de un círculo de árabes acurrucados y fumando

haquic, es muy lúbrica, aun que sin ser grosera: los piés representan en la danza un papel secundario, pues solo se ocupan, digámoslo así, en llevar el compás; la cabeza, los ojos, el busto y las manos son los verdaderos actores de esa pantomima voluptuosa. Los movimientos de su cuerpo tienen una gracia perfecta. Los espectadores manifiestan su aprobación y excitan la emulación de las bailarinas con palmadas. La orquesta se compone invariablemente de una flauta ó de un oboe y de una pandereta; los aires no tienen mas que una frase corta y sencilla que se repite indefinidamente.

El traje de estas bailarinas es muy singular, y tiene de extraño en aquel clima que es muy pesado y va muy recargado de adornos de plata y de coral; como todas las mujeres árabes se tiñen los piés y las uñas de las manos de encarnado, se pintan la cara con brea y azafran, se echan mucho aceite en el pelo y se tiñen el borde de los párpados con el azul negro del kohol.

Esta última costumbre que se halla esparcida en nuestros dias en todo el Oriente y que existía en Egipto desde la mas remota antigüedad, puesto que se han hallado momias con el pomito de kohol, se hallaba también muy en uso entre las mujeres de Grecia y de Roma. Da á los ojos un brillo extraordinario y casi sería de desear que se propagara por Europa, cuando se piensa que los ojos carecen muchas veces de brillo entre los pueblos civilizados, del Norte, y que muchos párpados se encuentran cansados y rojos por el hábito de ver y vivir con la luz artificial: el kohol ocultaría estas imperfecciones.